

“Experiencias de autoorganización en cartoneros: un acercamiento a la configuración de vínculos laborales, sociales y políticos en contextos de exclusión social”

Sabina A. Dimarco*

Introducción y notas sobre el abordaje teórico

El sostenido proceso de disgregación de la clase trabajadora en su forma tradicional como consecuencia de las políticas de corte neoliberal -redefinición del Estado y del mercado mediante – condujeron al paulatino incremento de la población que recurre a la recolección de residuos como el principal sustento de su cada vez más empobrecida economía familiar. Este *increscendo* encuentra su punto cúlmine con la crisis del 2001: en aquel momento, junto con los saqueos y el Congreso “tomado” por los “caceroleros”, los cartoneros se convierten en una postal de la situación que atravesaba el país. Cuatro años después, la recuperación informal de residuos persiste como actividad económica que permite la subsistencia de vastos sectores de la población y la disminución de su número es escasamente sensible a los indicadores económicos que se exhiben orgullosamente desde el gobierno como cifras optimistas respecto de la recuperación productiva del país. La persistencia y el desarrollo de esta actividad laboral, una de las que más se ha incrementado en los últimos años, ha ido generando una extensiva, compleja y novedosa trama de sociabilidad.

Es sobre estos sujetos y sus entramados relacionales que trata nuestro artículo. Más específicamente, nos centraremos en un sector particular de esta población: la de aquellos que están dejando de pensar esta actividad como transitoria o “de paso” (hacia otro trabajo formal o informal) y se encuentran desarrollando experiencias de organización colectiva que les permita mejorar su situación *en la actividad de la recuperación de residuos*. Como veremos, esto implica una suerte de *institucionalización* de la actividad y un *proyecto de sí* en relación con la misma. Como intentaremos desarrollar, la cuestión de los *procesos de identificación* resulta fundamental para su comprensión.

Nos centraremos en el análisis de tres experiencias de autoorganización en torno a la recuperación informal de residuos: el Tren Blanco, la Cooperativa Reciclando Sueños y la Cooperativa de Trabajo Ecológica del Bajo Flores. Aunque con marcadas diferencias en cuanto a su estructura, su modo de funcionamiento y sus objetivos, todas ellas constituyen ejemplos en donde predomina la búsqueda de constitución de vínculos sociales y normativas comunes a un colectivo, en una población signada por la exclusión y la fragmentación social y en una actividad fuertemente individualista y basada en relaciones de competencia. Esto no significa adoptar una imagen de estas experiencias armónica y libre

de conflictos. Por el contrario, sostendremos que las formas de conflicto presente en las interacciones son tan importantes como las de cooperación para comprender las formas de sociabilidad (Murmis y Feldman, 2002). Nos proponemos entonces reconstruir los entramados relacionales que emergen a partir de estas experiencias, analizando sus alcances (y limitaciones) en la recomposición de vínculos sociales y de formas de politicidad en este sector de la población.

Además de las tres experiencias de autoorganización mencionadas, incorporaremos al análisis una incipiente experiencia de organización de cartoneros que se propone aglutinar a diversas organizaciones cartoneras del país y establecer vínculos con diferentes movimientos de cartoneros que han surgido en otros países de América Latina. Esta meta-organización, se denomina Unión de Trabajadores Cartoneros de Argentina (UTRACA). Si bien Utraca no se encontraba entre los objetivos iniciales de nuestro estudio, las organizaciones estudiadas nos fueron conduciendo, de una u otra manera, hasta esta “organización de organizaciones” y consideramos de relevancia dar cuenta de ella en este escrito¹.

Consideramos que estos intentos de autoorganización de sectores afectados por la precariedad laboral y las situaciones de pobreza extrema deben comprenderse desde un doble proceso que permite entender las contradicciones que viven en su interior. Por un lado, creemos que responden a un acomodamiento a las nuevas condiciones que impone el capitalismo en su etapa actual, esto es, el *sujeto gestor de sí mismo* que viene a ocupar el lugar del sujeto tutelado de la sociedad salarial (Rose, 1996). Desde esta perspectiva, la configuración de espacios de organización locales puede pensarse como una estrategia de resolución de la cuestión social en la cual las personas afectadas por las situaciones de pobreza participan activamente en la resolución de sus propios problemas (Murmis y Feldman, 2002; Aguilar et al. 2004) buscando “realizarse a sí mismo en el seno de una variedad de ámbitos micro-morales o ‘comunidades’ (Rose, 1997: 37). Así, la autoorganización comunitaria resulta ser el último recurso de aquellos individuos que no cuentan con los recursos materiales para autorregularse individualmente (Svampa, 2005). Al mismo tiempo, y no sin contradicciones, podemos pensar a estas experiencias (especialmente en el caso de Utraca) como herederas de los múltiples sucesos de índole colectiva que se desarrollaron durante los años ‘90 y principios del nuevo milenio: grupos piqueteros armando diferentes emprendimientos socioeconómicos, fábricas recuperadas por sus obreros, clubes de trueque. Estas experiencias de autogestión colectiva, que han sido denominadas desde las ciencias sociales como “economía social” o “popular”, han tenido en estos años un papel importante en la construcción de identidades sociales y políticas en los sectores populares y pueden ser interpretadas, también, como resultado de luchas “desde abajo” (Svampa, 2005). Consideramos entonces que la ambigüedad y complejidad de estas experiencias debe ser comprendida en la tensión permanente que se genera entre estos dos procesos. En este sentido, sugerimos que la potencialidad de los intentos de articulación de organizaciones que están emergiendo se encuentra en la tentativa de abandonar la primera de estas lógicas (la mera localidad basada en lazos micro-morales y comunales) para dar paso a un proceso que apele a la reconstitución de redes más amplias.

Algunas de las preguntas que intentaremos responder son: ¿cuáles fueron los elementos que posibilitaron que en contextos de gran fragmentación y exclusión social pudieran surgir intentos de organización en torno al trabajo? ¿Qué formas específicas adquieren estas experiencias organizativas y a qué tipo de relaciones vinculares están dando lugar? ¿A qué formas de relación con otros actores relevantes da lugar el trabajar en el marco de una organización? ¿Qué condiciones posibilitan que estas experiencias trasciendan el ámbito económico y contribuyan a reconfiguraciones de orden social y político? ¿Cuáles son los límites u obstáculos para que esto ocurra?

En cuanto a los lineamientos teóricos utilizados, en tanto nuestro objeto de estudio es el entramado de relaciones sociales, ha tenido un lugar importante la teoría de Elias. Apoyándonos en esta perspectiva,

subyace a nuestro análisis la noción de la sociedad concebida como un tejido cambiante y móvil de múltiples interdependencias que vinculan recíprocamente a los individuos. Por otra parte, para comprender los procesos que permiten dar forma a estas experiencias, cobran especial relevancia los conceptos de *capital social* y *habitus*, centrales en la obra de Bourdieu. La noción de *habitus*, definida como “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes...” (1991: 92), permite comprender la forma en que las estructuras sociales se graban en nuestra mente y en nuestro cuerpo por interiorización de la exterioridad (Corcuff, 1995). De este modo, tiende a reproducir en situaciones habituales pero puede conducir a innovaciones cuando se halla frente a situaciones novedosas. El *habitus*, como “historia hecha cuerpo” se comprende necesariamente en relación con el *campo*, “la historia hecha cosa”. Ambos conceptos refieren a relaciones sociales históricamente construidas. Recurriremos también a su noción de *capital social*, es decir “la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimientos y reconocimiento mutuos” (Bourdieu, 2000: 148). Apoyándonos en Auyero (que a su vez retoma a Wacquant) consideramos de importancia para nuestro estudio diferenciar el *capital social formal*, compuesto por los lazos anclados en organizaciones formales en las que se participa como miembro o cliente, del *capital social informal*, más característico de los procesos que vamos a estudiar, compuesto de vínculos basados en redes personales de intercambio, confianza y obligaciones recíprocas (Auyero, 1999).

Finalmente, para comprender los procesos de construcción de *identidades políticas* sostendremos, siguiendo a Aboy Carlés, que no hay identidad sin límites que la definan: “es ese límite, que puede ser una alteridad común o la ruptura con un cierto pasado, el que tiende a constituir el espacio solidario y al mismo tiempo relativamente homogéneo” (Aboy Carlés, 2001: 25). Siguiendo al autor, los límites son siempre inestables y redefinibles razón por la cual la identidad debe ser entendida en tanto devenir. En este sentido, preferimos hablar de *procesos de identificación*, siempre precarios, parciales, inestables, pero que, no obstante, cuando se producen, permiten la conformación de formas de unidad y acción común. En otras palabras, consideramos que sostener una idea no esencialista de la identidad no impide pensar la existencia de múltiples identificaciones a lo largo de la trayectoria de vida de los sujetos (Mouffe; 1999) y que, en todo caso, “la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones, y no hay una identidad oculta que deba ser rescatada más allá de la última identificación” (Mouffe, 1993). Específicamente, nos interesa pensar en qué casos y bajo qué condiciones las personas que viven de la recolección informal de residuos se identifican con la actividad y, a su vez, en qué casos y bajo qué condiciones esas identificaciones conducen a la emergencia de reivindicaciones vinculadas con la actividad. Para ello, cobran especial relevancia los escenarios de socialización en los cuales transcurre la vida de los sujetos dado que es allí, en un complejo y dinámico interjuego entre lo biográfico y lo relacional, donde se crean y recrean los sentidos sociales de pertenencia (Dubar, 1991). En este sentido, los procesos de identificación no son otra cosa más que procesos de subjetivación espacio-temporalmente situados (Hall, 1996; Arfuch, 2002), solo factibles de ser fijados precariamente en el juego de las diferencias (Arfuch, 1996). Como intentaremos demostrar, hay diferentes formas de identificación con la actividad. Sin embargo, sólo en muy pocos casos esas identificaciones dan lugar a formas de acción colectiva que apunten a dignificar la actividad frente a los discursos y prácticas que la niegan como trabajo digno.

En cuanto al cuerpo de datos que hemos analizado, el mismo fue construido a partir de 24 entrevistas en profundidad realizadas a diferentes integrantes de las organizaciones seleccionadas. Recurrimos también a observaciones participantes. A medida que avanzábamos en la investigación las observaciones participantes fueron cobrando cada vez mayor relevancia (incluso en relación a las entrevistas) dado que nos permitían un acercamiento privilegiado a las prácticas cotidianas y a la dinámica organizacional. En forma adicional, trabajamos con documentos publicados por las organizaciones, notas periodísticas y fotos que nos fueron proveyendo los entrevistados.

En el presente artículo nos aproximamos a la problemática de las experiencias de autoorganización de cartoneros desde tres ejes de análisis que consideramos centrales para comprender estos procesos. En un primer momento, analizaremos las condiciones que hicieron posible la emergencia de estas experiencias en una actividad que se caracteriza por desarrollarse en forma individual. En un segundo momento, nos adentraremos en las dinámicas organizacionales que se dan al interior de estas experiencias y las relaciones vinculares con actores externos a las que las mismas han dado lugar. Por último, indagaremos en las posibilidades y limitaciones de recomposición de redes con vistas no sólo sociales sino también de orden político.

Antes de abocarnos a estos objetivos, comenzaremos por dar cuenta del contexto socio-económico y político en el que dicho análisis cobra sentido.

Los avatares de la recuperación informal de residuos en un escenario en transformaciones

Transformaciones macroestructurales e implicancias en el mundo del trabajo

Los años setenta marcan el inicio de una mutación en la forma de acumulación capitalista (Murillo, 2003). En nuestro país, a través de una sangrienta dictadura militar, comienza a operarse, desde mediados de esa década, una profunda reestructuración económica, política y social, tendiente a incorporar al país en la nueva dinámica mundial. Todos los ámbitos de la vida se vieron impactados por estas transformaciones. A partir de entonces, los siguientes gobiernos elegidos democráticamente continuaron y profundizaron el camino iniciado en aquellos años.

De este modo, se inicia el proceso de dismantelamiento de la capacidad industrial del país y de valorización financiera de capital, procesos que llevaron a un decrecimiento de la actividad económica y la inversión productiva. Pero el golpe de gracia al modelo industrializador llega de la mano del Plan de Convertibilidad (1991). Con el objetivo inmediato de lograr la estabilidad económica luego de la crisis hiperinflacionaria, el Plan se gesta con el objetivo de más amplio alcance de reestructurar el mercado y el Estado argentino. Entre las principales políticas de reestructuración económica que se implementaron se cuentan la profunda y asimétrica apertura comercial y financiera, el vertiginoso proceso de privatizaciones de empresas públicas, la desregulación de los mercados, la promoción y desregulación de la inversión extranjera, y la fijación del tipo de cambio (Giosa Zuazua, 1999; Aspiazu et al. 2000). En el centro de estas transformaciones se encuentra la redefinición de las funciones del Estado en el proceso económico y social, y la gestación de una nueva estructura social dominante en la que los agentes externos y los organismos de crédito internacionales comienzan a tener un rol preponderante.

Estas reformas acarrearón intensas transformaciones en el mundo del trabajo. Son dejados atrás los principios de la sociedad salarial que se constituyó buscando un equilibrio entre los intereses contradictorios del capital y del trabajo (Godio, 2001). En efecto, la relación salarial brindaba a los trabajadores un modo de vida relativamente homogéneo y se constituía en soporte material y simbólico de la identidad colectiva de los sectores populares (Martucelli y Svampa, 1997). En la sociedad post-salarial “se fragmenta el mundo simbólico de los trabajadores como consecuencia de las heterogeneidades en los niveles salariales, en las calificaciones, contenidos del trabajo, status, etc.” (Godio, 2001:162).

Entre las transformaciones más significativas en el mundo del trabajo podemos mencionar la desproletarización del trabajo industrial y la subproletarización presente en la expansión del trabajo parcial, temporario, precario, subcontratado, terciarizado (Antunes, 1999). Como resultado de estas

transformaciones, la clase trabajadora (en la que incluimos a quienes se encuentran sin trabajo involuntariamente) se complejiza, se fragmenta y se hace más heterogénea.

El sector informal urbano, en el cual se insertan nuestros sujetos de estudio, desde 1950 presenta un crecimiento exponencial como consecuencia del pasaje de la predominancia de creación de empleo de las empresas modernas a las microempresas y, desde 1980, del sector público hacia los microemprendimientos (Tokman, 2000).

El fin de la Convertibilidad se presenta con una pesificación de la cual quedaron afuera los sectores dominantes de la economía (que habían comenzado tiempo antes el proceso de fuga de capitales al exterior), y la devaluación - durante tanto tiempo postergada- aplicada en forma abrupta. Se terminaba de este modo con un ciclo económico de diez años que había resultado sumamente redituable para unos pocos y de consecuencias nefastas para la gran mayoría de la población. No obstante, la manera en que la devaluación fue aplicada confirmó aún más la situación de desprotección de vastos sectores de la población ya que intensificó la estructura regresiva de la distribución del ingreso. En otras palabras, la devaluación benefició a aquellas empresas con capacidad de exportación al tiempo que perjudicaba la capacidad adquisitiva de la mayoría de la población.

Esta combinación entre una enorme masa de personas que se encuentran sin trabajo –para ese año la desocupación alcanzaba al 22% de la población del país- y la devaluación que conlleva un incipiente proceso de sustitución de importaciones ante el abrupto incremento del precio de los productos que hasta el momento se importaban, ofrece un nicho de empleo a miles de personas hacia el final del año 2001. Efectivamente, con la devaluación vuelve a tener valor en el mercado el reciclado y la reutilización de ciertos materiales (papel, cartón, vidrio, metal, plásticos) que experimentaron un fuerte incremento en sus precios. En cuanto al valor alcanzado por estos materiales, meses después de la devaluación el precio del papel subió de 5 a 40 centavos por kilo, mientras que materiales como el bronce y el aluminio incrementaron su valor en un 160% (Suárez, 2004). De este modo, el reciclaje informal se convierte en una estrategia laboral para un alto porcentaje de esa población desocupada.

El cirujeo como práctica económica de subsistencia en la Ciudad de Buenos Aires

Estas transformaciones en el mundo del trabajo que han redundado en niveles inéditos de desocupación y precarización laboral se han empezado a evidenciar, desde hace algunos años, como características estructurales del nuevo mercado laboral. Es en este marco, que miles de personas que se encontraban privadas de la posibilidad de subsistir por medio de su trabajo han encontrado en la recuperación de materiales reciclables una opción para garantizarse, autónomamente, la subsistencia material. Esto se vio facilitado por el hecho de que se trata de una actividad de relativamente fácil acceso (no requiere de competencias especiales para poder llevarla a cabo) y que puede comenzarse en cualquier momento (Schamber y Suárez, 2002).

Si bien por las características mismas de la actividad es muy difícil establecer cifras exactas, a principios del año 2002 se calculaba que cerca de 25.000 personas llegaban diariamente a la Ciudad de Buenos Aires con el fin de encontrar un sustento en aquello considerado desecho por el resto de los habitantes de la ciudad. Estudios más recientes sugieren que esta cifra se habría reducido a la mitad².

Resulta importante recordar aquí que la actividad de la recuperación informal de residuos en la Ciudad de Buenos Aires data de fines del siglo XIX. En el año 1977, una ordenanza de la dictadura militar dictada por el ex-Intendente Cacciatore prohíbe el reciclaje informal de residuos y establece que sólo las compañías contratadas por la empresa pública CEAMSE³ (en ese momento recién creada) tendrían autorización para recolectar residuos sólidos (Koebs, 2005). Podemos pensar entonces que no resulta

una mera coincidencia que la prohibición del cirujeo surja paralelamente a la primera privatización del servicio de recolección de residuos (que recayó en manos de la empresa Manliba), más aún si tenemos en cuenta que las empresas cobraban por tonelada depositada⁴. De este modo, se declara la ilegalidad del cirujeo por casi veintiséis años. Sin embargo, a pesar de la represión de que eran víctimas quienes se atrevían a realizar la actividad durante estos años, el cirujeo nunca desapareció y el número de personas que se dedicaban a esta actividad variaba dependiendo de los precios de los materiales reciclables en el mercado y de los ciclos económicos. Un primer incremento considerable del número de personas que se vuelca al reciclaje informal se da a partir de 1995, con el fuerte incremento de la desocupación (Suárez, 2001). Pero es el año 2002 el que marca un punto de inflexión en la actividad: con la combinación de la devaluación y la desocupación más alta del período, el cartoneo se convierte en una de las actividades que más crece en los últimos años⁵. La magnitud y tenacidad con que la actividad crece en esos años, a pesar de estar prohibida y ser perseguida policialmente, instala el tema en la agenda pública. En enero de 2003 el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires incorpora a los cartoneros como parte del servicio de higiene urbano a través de la Ley 992. En el marco de esta ley se crea el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU), en el ámbito de la Secretaría de Medio Ambiente (hoy, Secretaría de Producción, Turismo y Desarrollo Sustentable). Sin embargo, casi tres años después, el gobierno de la ciudad sigue mostrando un profundo desconcierto respecto de qué política adoptar en relación a los cartoneros. En esta búsqueda, recientemente se desarmó el PRU y se creó el programa Buenos Aires Recicla (BAR) con el objetivo de darle un perfil más productivo y menos asistencial⁶.

A partir de lo expuesto, encontramos que en la actualidad a los cirujas “históricos”⁷ se agregan aquellos que han sido expulsados del ejercicio de sus oficios y se han refugiado en la recolección de materiales reciclables como alternativa ante el desempleo. Este refugio *forzoso* en el cirujeo diferencia a los cartoneros actuales de los “crotos” de antaño (Fajn, 2002). De este modo, la población que actualmente tiene como actividad principal la recolección de residuos reciclables resulta altamente heterogénea en cuanto a sus trayectorias sociolaborales; no obstante, suelen tener en común la situación de *marginalidad social* en que se encuentran, dada por su precariedad económica, social, laboral y habitacional y por su no-inclusión en los canales formales de representación y de participación gremial o político partidaria.

Por otra parte, un muy alto porcentaje de quienes se dedican a esta actividad laboral aseguran que lo hacen porque no han tenido trabajo en el último tiempo y que estarían dispuestos a dejar el cartoneo si les surgiera alguna otra posibilidad laboral, aún en el sector informal. Así, vemos que el cartoneo se encuentra prácticamente en el último eslabón de las actividades laborales “deseables”, aún con respecto a otros trabajos informales. Esto explica la marcada movilidad de las personas que se dedican a esta actividad y permite entender que la misma sea generalmente percibida por los sujetos como transitoria. Sin embargo, este “tránsito” la mayoría de las veces se prolonga más de lo que hubiesen pensado, sobre todo porque el mismo paso por ella los convierte en menos “empleables” para el mercado. De este modo, el trabajo en el cartoneo refuerza la condición de excluidos del mercado formal de trabajo, reduciendo las posibilidades futuras de ingresar al mismo.

Ahora bien, resulta fundamental aclarar que la informalidad extrema en que se realiza el trabajo y la condición de marginalidad de los sujetos que lo realizan, no debe hacernos perder de vista que la recuperación de materiales reciclables es parte de un negocio de muy alta rentabilidad para quienes se encuentran en el otro extremo de la cadena. De este modo, no hay que olvidar que, aunque la recuperación encuentre como meta inmediata la subsistencia material de los cartoneros, ésta constituye un componente esencial de la generación de materia prima para la industria local; en otras palabras, aún en su informalidad y siendo el primer eslabón de la cadena, los cartoneros no se encuentran por fuera del sistema de mercado sino que, con su trabajo, contribuyen a fortalecer el mismo. En este

sentido, nos interesa remarcar que cuando recurrimos a conceptos tales como “informalidad” y “marginalidad” lo hacemos desde una perspectiva relacional, es decir, teniendo en cuenta las relaciones de interdependencia funcional (Elias, 1977) que vinculan a este sector de la población con el entramado más amplio de relaciones socio-económicas.

En este sentido, los cartoneros se encuentran en el primer eslabón de una cadena económica productiva que maneja alrededor de 500 millones de pesos anuales (Zlotogwiazda, 2004). Cada eslabón que compone el circuito comercial de los materiales reciclables –conformado por el cartonero en primer lugar, luego el acopiador menor o cooperativa o directamente el acopiador especializado, hasta llegar a la planta recicladora y la papelera que la prepara para el mercado interno o externo (Jagger, 2005)- va incrementando su ganancia; al final del recorrido, el grueso se lo llevan unas pocas grandes empresas. Con un ingreso mensual promedio de entre 200 y 250 pesos (ingreso sujeto a la estacionalidad de los precios) (Zlotogwiazda, 2004; Unicef, 2005), los cartoneros se llevan una mínima proporción de lo que genera este negocio, aunque tienen un rol fundamental para que el circuito funcione.

Del trabajo individual al trabajo organizado colectivamente

Recapitulando, cuando hablamos del cartoneo en la ciudad de Buenos Aires hacemos referencia a una actividad laboral que lleva más de un siglo de existencia pero que se ha ido modificando y complejizando al ritmo de las transformaciones operadas en nuestra sociedad. En este marco, la emergencia de organizaciones y cooperativas de cartoneros es un fenómeno relativamente reciente que, en su forma actual, se remonta fundamentalmente a los años noventa (Fajn, 2002; Paiva, 2004). En este apartado intentaremos explicar entonces cómo se produce, en cada una de las organizaciones que estudiamos, ese pasaje del trabajo realizado en forma individual o familiar a formas colectivas de organización del trabajo. Veremos que, en los tres casos, los inicios se encuentran estrechamente vinculados a la urgencia por resolver cuestiones sumamente básicas para la continuidad del desempeño de la actividad. En efecto, un escenario de apremio y necesidad es lo primero que surge de los relatos cuando se pregunta por los comienzos de la organización: será la premura por encontrar interlocutores frente a las empresas de trenes en un caso, la necesidad de juntarse para evitar el abuso de los compradores del material, o el apremio por mejorar los escasos ingresos mediante el acopio y la venta colectiva lo que los llevará, en cada caso, a encontrar una opción viable en la organización. En este sentido, nos encontramos con que la opción de la autoorganización aparece como el último recurso para la protección del trabajo que venían realizando. Los casos estudiados se ubican, entonces, en la tendencia indicada por Vuotto según la cual a partir de la década del ochenta se ha comenzado a vivir un verdadero auge del cooperativismo del trabajo íntimamente ligado a la crisis económica y su secuela de desempleo (2000). En estos casos, a diferencia de las experiencias cooperativas que surgieron durante la década del setenta, impera la condición de necesidad más que “la condición de pertenencia a un grupo social ligado por una identidad colectiva o por un destino común” (Vuotto, 2000: 173). De este modo, la constitución del grupo como tal será recién un segundo momento en las experiencias. Esto tendrá, por supuesto, sus efectos en la modalidad que las organizaciones adquieren.

Sin embargo, sabemos que la mayoría de las personas que se dedican a esta actividad, ante el apremio de la supervivencia optan por trabajar en forma individual o familiar. No es de extrañar, dado que organizarse implica dedicarle tiempo a entablar reuniones con diferentes agentes, tener una mirada que vaya más allá del propio trabajo e incorpore al colectivo, e incluso, en algunos momentos, implica destinar parte de los propios ingresos a cuestiones relacionadas con la organización. De este modo, creemos que no se puede pensar en una relación de necesidad entre las privaciones económicas y la acción organizada. En otras palabras, si bien ese escenario de necesidad está siempre presente en nuestro caso de estudio, no resulta evidente que algunos sujetos se junten en pos de una salida colectiva en una actividad que se caracteriza por su fragmentación y que es considerada la mayor parte de las

veces como transitoria. La pregunta que entonces se impone es: ¿cuáles fueron las condiciones que hicieron posible la emergencia de experiencias de organización en torno a la recolección de residuos?

Como intentaremos desarrollar, la conciencia de la potencialidad del colectivo por lo general no ha sido previa a la conformación de la autoorganización sino resultado de la misma y de su sostenimiento en el tiempo. Así, la valoración del colectivo y la resignificación de la actividad (identificación con la actividad) no necesariamente preceden a la conformación de estas experiencias sino que se constituyen en un ida y vuelta entre ambos procesos: las experiencias de autoorganización son posibles sólo entre aquellas personas que sienten alguna identificación con la actividad que están realizando y que pueden proyectarse en ella en un mediano plazo pero, al mismo tiempo, estos elementos terminan de tomar forma y consolidarse por medio de la organización.

Los inicios: el Tren Blanco, la Cooperativa Reciclando Sueños y la Cooperativa del Bajo Flores

Caso 1:

El denominado “Tren Blanco” (TB) fue implementado en el año 2000 y realiza diariamente el recorrido que une José L. Suárez (Partido de San Martín) con Retiro trasladando a los trabajadores cartoneros. Debe su nombre a la primera formación que se utilizó con este fin, que era, efectivamente, de aquel color. Fue el primero de los “trenes cartoneros” y hoy se ha convertido en todo un símbolo de la organización cartonera. La historia de su surgimiento no se encuentra ligada a ninguna lucha ni reivindicación del sector sino, por el contrario, a una respuesta de la empresa (en este caso, Trenes de Buenos Aires –TBA–) a las quejas permanentes del resto de los usuarios del tren que no querían compartir el viaje con los cartoneros. Asimismo, la elección de los delegados no surgió en forma espontánea sino que respondió a una demanda de la empresa que necesitaba interlocutores válidos a quienes dirigirse. A partir del relato de los delegados más antiguos de la organización puede verse con claridad que los inicios del TB se explican más por una imposición de TBA que “tuvo guardado varias semanas el tren en el depósito y decía que no salía hasta que no se eligieran los delegados”, que por una voluntad espontánea de los cartoneros.

Sin embargo, esto que aparece en un primer momento como respuesta a una imposición externa y, fundamentalmente, como un acto más de discriminación y exclusión a estos trabajadores (Gorbán, 2004), luego es resignificado produciendo en la mayoría de las personas que utilizan este tren la sensación de que el Tren Blanco y la organización a través de delegados son logros de los cartoneros.

En efecto, el tren “cartonero” significó para ellos una mejora del viaje diario a la capital ya que permitió solucionar el problema de la interminable espera de cada día para subir al único furgón que tenía el tren. En palabras de uno de los usuarios: “Tenías que ir a las tres de la tarde para subir a las seis, siete. Tenías que ir a hacer la cola y había 50 carretas delante tuyo y entraban cuatro o cinco por coche” (usuario, TB). Por otra parte, la mayoría de los usuarios de este tren plantean que se sienten más seguros desde que hay delegados que los representan.

A partir de entonces, comienza sí a gestarse una historia de esfuerzo y lucha, en la cual, según explican, los cortes de vía cumplieron un papel fundamental: “porque nosotros todo lo que tenemos lo conseguimos ¿por qué? ¿Porque nos lo dio TBA? No, nosotros lo tenemos por el esfuerzo de nosotros mismos. Nosotros para poder organizarnos y poder pagar un abono tuvimos que pelearla”, recuerda una delegada. Esta experiencia constituye actualmente uno de los más duraderos intentos de organización de cartoneros.

En cuanto a la estructura de la organización, cada uno de los barrios más numerosos de J. L. Suárez -La Cárcova y Barrio Independencia- tiene su delegado. Los delegados, a su vez, eligen subdelegados de su

confianza. En el TB viajan también cartoneros que provienen de Tigre, Escobar y Zárate que deben viajar en el “diesel” o “gasolero” hasta la Estación V. Ballester y allí hacer combinación con el TB. Quienes viajan en el diesel tienen a su vez una delegada y subdelegados por cada estación en la que suben (Bancalari, Pacheco, Benavidez, Maschwitz, etc.). No obstante, una vez en el TB, los delegados del diesel pierden ese rol y responden a los delegados de Suárez. Cada delegado cuenta con un listado con todas las personas de su zona y sólo puede subir quién se encuentre allí inscripto. Es con esa lista que luego los delegados se encargan de conseguir el abono con precio especial para los cartoneros⁸.

En este momento, según cálculos de los delegados, en el tren viajan aproximadamente quinientas personas de las cuales trescientas se encuentran abonadas.

Caso 2:

El caso de la cooperativa “Reciclando Sueños” (RS) también tiene su origen más ligado a una promoción “desde afuera” que a un proyecto concebido espontáneamente entre sus miembros. Finalizaba el año 2002 cuando un vecino le sugiere a Valentín que participe en unas mesas de cartoneros que estaba organizando el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC). Allí escucharon hablar por primera vez de los valores cooperativos y de la riqueza del trabajo colectivo, aquello que les resultaba tan lejano de su práctica cotidiana. Según nos transmiten, en esa primera oportunidad respondieron a la convocatoria casi por curiosidad, sin entender demasiado de qué se trataba: Valentín recuerda haberle preguntado a su compañero: “¿Con qué fin?”. “Una cooperativa”. “¿Qué es una cooperativa?”, y nos dice: “vayan a ver”, y fuimos a ver” (presidente, RS). Una vez allí, se encontraron con otras personas que se dedicaban a lo mismo que ellos y que les hablaban de la posibilidad de tener un proyecto relacionado con el trabajo que estaban haciendo. Según deja entrever el relato de quienes participaron en aquellas primeras reuniones, había que ser un poco soñador y bastante optimista para creer en el proyecto que se les presentaba. Con el transcurrir de las reuniones, muchos fueron abandonando esta propuesta que veían como inalcanzable para volver a lo “viejo conocido”. Otros en cambio, se quedaron y comenzaron a darle forma al proyecto. Como recuerda un entrevistado: “Y, nos pareció una locura formar una cooperativa! No teníamos cultura cooperativista. Hasta hoy creo que no hay una cultura cooperativista, digamos, no hay conocimientos sobre cooperativismo. En ese momento se habló de cooperativismo cartonero. Y bueno, muchos dijimos: ‘es imposible, cómo es eso de pagar... un montón de cosas. La mitad quedó y la mitad se fue...’” (presidente, RS).

En un primer momento comenzaron a organizarse como parte de la Cooperativa El Ceibo (Palermo). Con el tiempo, las diferencias con El Ceibo y el IMFC fueron más fuertes que los acuerdos, pero para entonces ellos se sentían fortalecidos y con los conocimientos necesarios para seguir adelante solos: “Nosotros nos rompemos del IMFC en un momento, seguimos solos... ¡porque seguimos solos! Seguimos trabajando... y en un momento decimos ¿qué hacemos ahora?, podemos seguir trabajando... contactamos con las fábricas, con gente que nos compraba el material y decidimos continuar solos”, nos cuenta el presidente de la cooperativa. Surge así la “Cooperativa Reciclando Sueños”. De este modo, podemos ver que, tal como sucede en el caso del TB, el proyecto que surge promovido desde afuera es reapropiado y resignificado por los actores involucrados. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que esta “reapropiación” implica marcadas modificaciones en la concepción misma de lo que es ser una cooperativa. En los hechos, como desarrollaremos más adelante, lo que queda es la idea de hacer un proyecto de trabajo en conjunto en el cual, los “valores cooperativos” son más una retórica que una realidad.

Reciclando Sueños, situada en el barrio Fátima (más conocido como villa 3), en Soldati, se encuentra conformada en su totalidad por vecinos de la zona. Actualmente, además de ser cooperativa de servicios (dedicada al trabajo con materiales reciclables), se constituyó también en cooperativa de

vivienda. Sin embargo, son pocos los miembros de la cooperativa de reciclaje que quisieron participar de la de vivienda, en buena parte porque no estaban en condiciones de pagar la cuota mensual pero además porque no todos estaban dispuestos a abandonar el barrio. De este modo, la cooperativa RS es una cooperativa de servicios y de vivienda constituida por cuarenta socios, aunque de los mismos la mitad pertenece sólo a la de servicios y la otra mitad sólo a la de vivienda.

Caso 3:

La “Cooperativa Ecológica de Recicladores del Bajo Flores” (Cerbaf) es la única de las tres experiencias que surge por iniciativa de cartoneros, aunque no directamente por los mismos que la conforman. Según recuerda su presidente, Francisco, fue el secretario del Sindicato Único de Cartoneros⁹ quien le encomendó la tarea de sacar adelante un proyecto que nucleara a cartoneros de la zona sur de la Capital. Francisco venía de participar en lo que había sido el primer intento de formar un sindicato de cartoneros (proyecto al que veía debilitarse paulatinamente), y acababa de ser elegido delegado de manzana en la villa 1-11-14 en la que vivía. No obstante, como veíamos también en los casos de las otras dos experiencias, en un primer momento la idea de dar forma a un proyecto de ese tipo le parece algo sumamente lejano: “Yo me los quedó mirando. Me reía delante de ellos, les dije ‘pero uds. se tomaron un par de grapas y me vienen a romper las bolas!’”. [...]Y yo le dije: “¡estás loco!” (presidente, Cerbaf). Finalmente accedió a intentarlo con muchos temores y una única certeza: “[le dije] ‘¡pero yo no sé que voy a hacer!’”. Honestamente no sabía. (...)... yo no junó una. Yo sé del laburo pero... ¿viste?”.

Fue entonces sobre ese conocimiento que le otorgaban los quince años que llevaba dedicado a este trabajo, ese “saber hacer” intransferible, sobre lo que se apoyó para dar forma a lo que sería la cooperativa CERBAF o, como repite reiteradamente (algunas veces con preocupación y otras con cierta satisfacción), lo que se terminó conociendo como “la cooperativa de Francisco”. Sin embargo, Francisco remarca que no se quedó con ese saber previo sino que comenzó un proceso arduo de investigación sobre el tema (fundamentalmente sobre temas relacionados con el problema de la basura y la temática ambiental) que implicó recurrir a contactos con conocidos: “Y fue así, empecé a investigar con compañeros. Yo no sabía nada de Internet, fui al Emen 3, al director que es un compañerazo, y le dije: ‘mirá, necesito información sobre la basura’. Se me quedó mirando y me dice: ‘negrito, sos delegado está todo bien pero, ¡apuntá para otra cosa!’”. Y al final él me trajo tres diskettes” (presidente, Cerbaf). De este modo, podemos observar que los vínculos sociales jugaron un papel muy importante en la conformación de la organización. Sin embargo, no todas las redes que Francisco había tejido jugaron un papel de cooperación en ese primer momento; por el contrario, muchas de las personas e instituciones a las que él pensó que podía recurrir en caso de necesitarlo no se hicieron presentes (ni siquiera nos aclara la CTA). Sin embargo, tuvo la precaución de no romper esos vínculos que, como veremos, podría capitalizar más adelante. Inclusive, sus más antiguos compañeros, que también se dedicaban a la recolección y a quienes Francisco consideraba personas que “hacían cosas positivas”, en un principio prefirieron no seguirlo en un proyecto que consideraban inviable; le respondieron: “no negro, para asuntos de cartoneros nosotros no estamos, estamos para el piquete...” (presidente, Cerbaf). Finalmente, de quien mayor apoyo recibió fue del cura del barrio. Así comenzó a gestarse lo que en términos de Francisco es “la cooperativa más prestigiosa”, la cual, explica, además de haberles permitido crecer laboralmente, les valió un premio de la Legislatura por su contribución a la ecología y al medio ambiente. Actualmente la cooperativa cuenta con once socios más otras veinte personas que trabajan en sus emprendimientos y su conformación es muy heterogénea en cuanto a sexo y edades.

Caso 4 (o “el Caso Imprevisto”):

La Unión de Trabajadores Cartoneros Argentinos (UTRACA) no se contaba entre nuestros casos de investigación. Más exactamente, no existía cuando los casos fueron elegidos. Fue sin habérmelo

propuesto que llegué a ellos conducida, particularmente, por una de las organizaciones que analizaba (Cerbaf). La insistencia con la que aparecía en las conversaciones me decidió a incorporarla al análisis.

Fue a partir de una invitación al Congreso Latinoamericano de Catadores¹⁰ que se realizó en San Leopoldo, Brasil, en enero de 2005, (del que también participaron otras organizaciones de cartoneros de Argentina, entre ellos delegados del Tren Blanco) que Francisco (presidente Cerbaf) decidió asumir el compromiso plasmado en el manifiesto elaborado allí colectivamente: *“Fortalecer la solidaridad y la articulación del Movimiento de los catadores / as en los países de América Latina, enfrentando situaciones concretas y apoyando el crecimiento de la organización de los catadores / as en cada país y en el continente”*.

Con el modelo de la experiencia de organizaciones en países vecinos, Francisco comenzó a movilizar a representantes de organizaciones cartoneras en el país para dar nacimiento al incipiente movimiento que denominarían UTRACA. “[...] A nosotros nos invitaron a ir a ese congreso Nacional en Brasil, vinimos puestos las pilas, y nos dijeron ¿uds. pueden hacer? Y le dijimos: `no, no vamos a hacer, vamos a intentarlo’. Y nació Utraca. Vinimos, llamo a los compañeros más de confianza, y nació un viernes 11 de febrero al mediodía, acá a dos cuadras. Éramos 6 organizaciones y 11 personas”, recuerda Francisco. Utraca se propone nuclear a las organizaciones de cartoneros existentes y se presenta como un movimiento con orientación política que busca diferenciarse del esquema de organización sindical.

Al momento de realizar nuestro trabajo de campo, Utraca estaba compuesta por alrededor de seis organizaciones, más otras tantas que participaban pero con menos compromiso. Podría decirse que su mayor riqueza consiste en el intento por articular organizaciones con marcadas diferencias en cuanto a su desarrollo y en cuanto a su posición ideológico-política, como así también sus intentos por establecer vínculos estrechos con organizaciones de otros países de América Latina.

Objetivos y perspectivas de las experiencias analizadas

Al realizar un recorrido por las diversas historias que condujeron a los procesos de conformación de las organizaciones nos encontramos con que, en todos los casos, se trató de iniciativas de personas que se dedicaban ya a esta actividad en forma individual y que se proponen defender y potenciar su fuente de trabajo. Ciertamente, según se desprende de los testimonios, no existía en un primer momento, una idea formada acerca de los beneficios que podría acarrear la modalidad de trabajo bajo la forma de una organización. Por otra parte, vimos que no se trata de la *consolidación* de un grupo ya existente por medio de la configuración de roles y normas internas, la creación de un nombre, y la inscripción legal (en el caso de las cooperativas), sino de la *conformación* de ese grupo a partir de todos esos elementos: el nombre de la organización, las normativas y la formalización comienzan a crearse al mismo tiempo que el grupo mismo. Esta característica resulta un hecho de suma importancia para comprender las formas que van a adquirir posteriormente las organizaciones y la baja intensidad del compromiso con las mismas de la mayoría de los miembros, como veremos más adelante. Si las comparamos con otras experiencias de organización que han tenido una gravitación importante en los últimos años en nuestro país, como el caso de la recuperación de fábricas y empresas, podemos ver que no hay en nuestras organizaciones de estudio, como sí puede verse en esos casos, un “mito fundador” (Fajn, 2003). Según Fajn, en el caso de la recuperación de fábricas la “toma”, es decir, el momento del conflicto, se constituye como “marca fundacional, que revela el momento del cambio y el paso de una lógica individual a una lógica colectiva” (2003: 130). En nuestro caso, en cambio, ese momento aparece diluido y, en buena parte, vinculado a unas pocas personas y no a un colectivo. Así, la mayoría de los miembros de las organizaciones desconocen la historia de su gestación y no se sienten partícipes de la misma.

Lejos de visiones románticas sobre las virtudes de la acción colectiva, cuando se convoca el recuerdo de aquellos primeros pasos, se mencionan la pobreza, la extrema necesidad y las injusticias de todo tipo (fundamentalmente en relación al Estado, a los acopiadores y a los habitantes de las zonas en que trabajan) como elementos para explicar qué fue lo que los condujo a la organización. Sin embargo, como intentaremos mostrar, una vez puesto en marcha el proceso de organización, los objetivos que se proponen se van extendiendo a la par de los compromisos que van estableciendo con otros actores para poder llevar adelante la organización. En otras palabras, el proceso organizacional mismo los va llevando a desarrollar acciones que se extienden más allá de los objetivos con los que partieron.

Empecemos entonces por dar cuenta de los objetivos inmediatos que las organizaciones se proponen. En el caso del Tren Blanco, todo el entramado organizacional se va configurando en torno al objetivo de preservar su instrumento de trabajo, el tren, ya que, como nos decía Carlos “sin ese tren no nos movemos” ó, como expresaba más drásticamente una delegada “sin el Tren Blanco no somos nadie”. En el caso de las otras dos organizaciones, al adquirir la figura legal de cooperativa tienen la particularidad de vincular simultáneamente dos objetivos: la búsqueda de ganancia, por un lado, y de fines orientados por valores sociales, por otro. En palabras de Vuotto, las cooperativas se encuentran en el difícil tironeo entre “lo económico” y “lo social” (2002). En cuanto a los objetivos económicos, se busca por medio de la organización cooperativa poder acopiar en mayor cantidad y vender a mejor precio. De este modo, se intenta superar uno de los principales problemas con que se encuentran los cartoneros en su trabajo: la total impunidad con que se manejan los acopiadores en relación al peso de los materiales. Para llevar adelante los objetivos económicos se recurre a diferentes tipos de estrategias y emprendimientos: para juntar en mayor cantidad se apela a la colaboración de vecinos, restaurantes y comercios que clasifiquen y les cedan los materiales reciclables; además, se gestionan espacios donde acopiar, medios de transporte para trasladar el material, equipamientos (prensa, balanza, etc.) e infraestructura adecuada. A su vez, se encuentran trabajando para poner en marcha emprendimientos que les permitan potenciar el trabajo: a la cooperativa Cerbaf, el GCBA la incorporó al manejo de la planta de reciclado que se abrirá en el Bajo Flores, mientras que a la cooperativa RS les han prometido la entrega de uno de los dos primeros “centros verdes” que se construirán en la Ciudad de Buenos Aires¹¹; además, RS está avanzando por su cuenta en un ambicioso proyecto de exportación de chatarra a Holanda.

En cuanto a los emprendimientos sociales, vemos desplegarse una gama de variantes que van desde útiles para los hijos de los socios o bolsas de alimentos hasta puestos de trabajo, gestión de las credenciales que otorga el GCBA o planes sociales. El manejo de los beneficios sociales de la cooperativa requiere de una mención especial por el tipo de vínculos sociales que generan. En todos los casos estudiados hemos podido observar que los referentes acceden a información y recursos materiales que cumplen una función importante en la resolución de problemas y necesidades de la vida cotidiana de estas personas. Sin embargo, no se produce al interior de las organizaciones una circulación horizontal ni una apropiación colectiva de estos conocimientos y contactos útiles, de modo tal que lo que “baja” a las organizaciones aparece muchas veces como mérito exclusivo de los referentes.

Como veremos más adelante, además de estos objetivos inmediatos de índole básicamente socioeconómica, las asociaciones surgen también con un objetivo que remite al plano simbólico: la búsqueda de *reconocimiento* y *acreditación* ante otros actores sociales, fundamentalmente el Estado. En este sentido, en el caso de Utraca podemos ver un cambio cualitativo en sus objetivos respecto del de las organizaciones que lo componen al proponerse como metas (además de mejoras económicas y sociales para el sector) el reconocimiento del trabajo de los cartoneros a través de la demanda de derechos laborales y el reconocimiento social en su doble condición de *trabajadores* y *ecologistas*. Pero volveremos sobre este tema más adelante.

Finalmente, si bien no aparecen como objetivos explícitos de las organizaciones, una vez puesta en marcha la experiencia (e incluso antes, en el momento de su gestación) comienza a generarse una compleja red de relaciones, tanto hacia el interior de la organización como hacia afuera de la misma, que se constituye en uno de los logros de mayor riqueza de las mismas.

Las experiencias de organización como espacios de sociabilidad

Para poder comprender las formas que adquiere la sociabilidad en las organizaciones debemos retomar dos cuestiones que resultan centrales: en primer lugar, que la recolección informal de residuos es una actividad que se caracteriza por *poder realizarse de forma individual*, es decir, que el establecimiento de vínculos con otras personas que se dediquen a lo mismo no es *directamente necesario* (como podría serlo en actividades laborales que requieren la complementariedad entre diferentes tareas). En segundo lugar, que por tratarse de una actividad que se desarrolla en torno a recursos escasos (los desechos que cada día se encuentran en la calle antes de que sean recogidos por las empresas recolectoras) se establecen relaciones en donde predomina la *competencia*.

Apoyándonos en Simmel, consideramos que bajo una perspectiva sociológica la competencia debe entenderse como una *lucha indirecta* para conseguir uno y el mismo "premio". Se trata de una forma de lucha que consiste en que cada uno se dirige hacia el objetivo (conseguir el máximo posible de ese recurso escaso) pero sin emplear su fuerza contra el adversario (Simmel, 1927). De este modo, "exteriormente procede como si no existiese en el mundo adversario alguno, sino sólo el objetivo" (Simmel, 1927: 280); sin embargo, estos "otros" (adversarios) están presentes, de manera más o menos explícita, en los comportamientos y estrategias cotidianas de los cartoneros para conseguir la mayor cantidad posible de materiales. Así, en la modalidad que adquiere la tarea (zona en la que se trabaja, horarios, recorrido a realizar, etc.) como en la búsqueda de contacto con personas que les guarden el material clasificado (aquellos a quienes denominan "clientes"), el resto de los cartoneros se hacen presentes como *otros significativos* a quienes se tiene en cuenta en los comportamientos. Así, por nombrar sólo un ejemplo, a medida que se fue incrementando el número de personas dedicadas a la recolección, muchos cartoneros modificaron su estrategia de organización del trabajo y comenzaron a viajar más temprano (para llegar antes que el resto) o a quedarse hasta más tarde (para captar lo que se saca a última hora). Por otra parte, en los últimos años la competencia se ha extendido a porteros, trabajadores de empresas de recolección e incluso escuelas, todos ellos devenidos vendedores de cartón y papel buscando complementar sus ingresos (o, en el caso de las escuelas, reunir el dinero para los viajes de egresados). Incluso, como resultado de esta complejización del entramado que conforma el universo cartonero, ha comenzado a desarrollarse un circuito de comercialización, menos conocido, que consiste en la venta de materiales, en primera instancia, de porteros o recolectores formales a cartoneros. Esto supone, huelga aclarar, un proceso de valorización social de esos materiales que hasta hace algunos años atrás hubiese sido impensado. Los residuos se convierten en *recursos*; tienen *utilidad*. Es esa creciente utilidad lo que lleva a ponerle precio a aquello que en el algún momento fue considerado directamente un "desecho".

En estrecha vinculación con esta complejización de la competencia, vemos que la desconfianza y la actitud defensiva están presentes en todas las esferas del trabajo de los cartoneros y en las interacciones que se establecen: en la relación con las personas con las que tienen contacto en las calles, con el resto de los cartoneros, con los "galponeros" y, fundamentalmente, en la relación con el Estado (y en especial con la policía). "El cartonero es de por sí desconfiado", nos decía un delegado; esta declaración, que es esgrimida con recurrencia, da cuenta de la desconfianza no sólo como una actitud que se da de hecho sino además como aquélla que debe ser reflexivamente adoptada ante la infinidad de contingencias que pueden surgir en la práctica diaria de su trabajo.

Es por esto que los inicios de la organización requieren, ante todo, del establecimiento de relaciones basadas en la *confianza* que permitan superar o restar peso a las relaciones de competencia intrínsecas a la actividad. En esto cumplen un papel fundamental los referentes. Efectivamente, si bien la mayoría de los entrevistados expresan encontrar en estas organizaciones un espacio de contención, hemos observado que la relación de confianza se establece (o existía previamente) entre los referentes y cada uno de los miembros de la organización, y sólo en algunos casos se extiende a relaciones de confianza entre los mismos miembros.

Sin embargo, para los referentes también se trató de un proceso de aprendizaje. Según recuerdan los presidentes de las cooperativas:

“Yo me banqué todas esas dos horas y medias, hasta que salió [el cura del barrio] y le dije: ‘quiero hacer la cooperativa’. El chabón se me cagó de risa de vuelta en mi cara y me dice: ‘Francisco, vos desconfías de todo el mundo y hacer una cooperativa es confianza’” (presidente de Cerbaf)

“...para mí ser delegada es tener confianza en la gente, que te quiera la gente, que te respeten. Ganarle la confianza a las personas que viajan en el tren, y respetarla. Eso es para mí ser delegada, porque a mí a pesar de todo me respetan muchos. Todos me respetan...” (subdelegada, TB)

La confianza en la persona que está al frente de la organización es el punto nodal para que la misma se sostenga. En el caso del TB, esta confianza se sustenta básicamente en el respeto y el reconocimiento de la trayectoria en la actividad de los delegados y en el hecho de que sienten que son muy pocos los que se hubieran animado a tomar la responsabilidad de ocupar ese rol. En el caso de las cooperativas, esa confianza se apoya fundamentalmente en relaciones de parentesco, amistad y vecinazgo previas a la conformación de la organización. En los tres casos, en los discursos de los miembros de las organizaciones los referentes aparecen como una especie de “líderes naturales”, como si fuera en sí mismo evidente el hecho de que esas determinadas personas, y no otras, se encuentren encabezando las organizaciones: “[en respuesta a la pregunta acerca de los comienzos de la organización del tren] el organizamiento estuvo desde un principio, *porque Gabi desde un principio ella lo supo manejar muy bien*. Porque a pesar de todo que *Gabi es así, ella tiene su carácter y maneja bien la gente*” (Chela, TB). Esta cita nos permite ver cómo el liderazgo es explicado por el carácter personal de una delegada. De aquí se desprende un modo de vinculación entre los referentes y el resto de los miembros de gran dependencia de los segundos a los primeros.

En esta modalidad que adquieren las relaciones al interior de las organizaciones, juega un papel muy importante el *capital social acumulado*. Este tipo de capital, consistente en un cúmulo de relaciones, permite potenciar los escasos recursos económicos y simbólicos, constituyéndose en una fuente de poder de algunos actores sociales, y por tanto, en un principio de diferenciación que incide en los mecanismos de reciprocidad y solidaridad (Gutiérrez, 1997). Así, a pesar de ocupar una misma posición en el espacio social (una posición desventajosa en relación a otras posiciones sociales), las personas que conforman las organizaciones no constituyen un grupo homogéneo. Por el contrario, en casi todos los casos estudiados se puede observar una marcada desigual distribución de los recursos sociales que conlleva posiciones de poder diferenciales. De este modo, mientras que su capital económico y cultural acerca a todos los miembros (podría decirse que los “igual”), el capital social opera diferenciando a los referentes del resto de los miembros. En otras palabras, es fundamentalmente el capital social y la utilización que se hace del mismo (como veremos más adelante) lo que posiciona de manera desigual a los sujetos dentro de las organizaciones dando lugar a relaciones asimétricas¹².

Profundizar en este punto para intentar comprender cómo algunos agentes llegan a ocupar estos espacios nos lleva a revisar la hipótesis con la que iniciamos nuestro recorrido. En un primer momento de la investigación, partimos de la hipótesis de que era el capital social previo (formal e informal) junto con la experiencia anterior en algún tipo de actividad gremial, lo que hacía posible la construcción de intentos de autoorganización en una actividad que fue históricamente pensada como individual y en contextos de fuerte fragmentación social. A medida que fuimos avanzando, nos encontramos con que, debido a la larga historia de desafiliación que atraviesan la gran mayoría de las personas que se dedican al cartoneo, las trayectorias vinculadas a trabajos formales, que fueron los que históricamente en nuestro país proveyeron a los trabajadores de experiencias de luchas colectivas, prácticamente no existen o, en los casos afirmativos, no han dejado huellas profundas en la memoria de las personas. En otras palabras, fueron muy pocos los casos en los que se puede decir que las personas integrantes de estas organizaciones contaban con recursos provenientes de trayectorias previas en organizaciones en torno al trabajo. La mayoría, en cambio, presentaban trayectorias laborales inestables y con una importante rotación entre diferentes trabajos temporarios, escasamente calificados, de bajos ingresos y nula seguridad social; esto es, trabajos carentes de formas de organización colectiva en torno a la defensa de derechos laborales. Sí, en cambio, encontramos que tienen un peso importante los recursos provenientes de las experiencias en otro tipo de organizaciones colectivas como partidos políticos, agrupaciones piqueteras, comisiones vecinales, entre otras.

De este modo, respecto a la importancia del capital social previo en la conformación de estas experiencias, nos hemos encontrado con que en las personas que se constituyeron como referentes las experiencias colectivas en torno a trabajos anteriores no tenían la gravitación que habíamos supuesto en un primer momento aunque sí fueron de gran importancia las trayectorias sociales y políticas informales ya que les brindaron un importante capital social (y, porque no, político) con el que contaron para llevar adelante el proyecto. Resulta importante recordar que el capital social es siempre *potencial* (Bourdieu, 1991), es decir, que “en cada caso se debe realizar una operación de *valorización* para que una relación determinada se transforme en capital social *efectivo*” (Kessler, 1996). En el caso de los delegados del TB, y aún más claramente en el caso de los presidentes de las cooperativas, cuando comienzan a recorrer el camino de la organización hay una apelación a personas e instituciones con las que en algún momento de su recorrido social y político se habían vinculado por diferentes motivos y que, en la nueva situación, se intuye que pueden ser un recurso relevante. Algunos ejemplos de *capital social acumulado* al que recurrieron los referentes de las experiencias estudiadas son: referentes de la iglesia del barrio, funcionarios con los que previamente habían tenido contacto por diferentes motivos (desalojo del albergue Warnes, trámites para la construcción de viviendas a través de la CMV¹³), vecinos de la zona en la que cartoneaban que se habían constituido en lo que denominan “clientes”¹⁴, punteros políticos, actuales y antiguos compañeros de militancia, periodistas que en algún momento habían entrado en contacto con ellos atraídos por retratar la actividad, extranjeros de diferentes países que los habían contactado deseoso de ver “la realidad” del país que visitaban, entre muchos otros. Estos contactos que en un primer momento parecían ligados a esas situaciones concretas, son posteriormente reactualizados con nuevo sentido por estos referentes; cada uno de ellos deviene en recursos al que se puede sacar provecho: los periodistas son convocados cada vez que se pretende que una demanda o una injusticia a la que se vieron sometidos tome instancia mediática; los extranjeros interesados en la situación social del país son interpelados como potenciales inversores para los diferentes proyectos que se quiere implementar; los compañeros de militancia son invitados engrosar las filas de las posibles marchas o cortes de vías en caso de ser necesario; finalmente, los contactos con funcionarios públicos –como veremos– constituyen un recurso nada desdeñable en estas experiencias.

Volviendo sobre la hipótesis propuesta, consideramos entonces que el capital social de los sujetos que encabezaron los intentos de organización fue central a la hora de poder llevarla a cabo. Sin embargo, como dijimos, no jugaron un rol importante, como se supuso en un primer momento, las experiencias

previas de participación y organización sindical o gremial, ya sea porque no la tuvieron o porque no tuvo una relevancia significativa en la historia de estos sujetos.

Ahora bien, cabe hacerse entonces la pregunta acerca de cómo algunos sujetos comienzan a vislumbrar la posibilidad de organizarse en torno a este trabajo, generalmente considerado como transitorio (porque es sentido como denigrante y estigmatizante) y comienzan a poner en práctica las estrategias a las que hacíamos mención. Resulta aquí necesario introducir a nuestra hipótesis un elemento que se tornó central para comprender estos procesos: el tiempo que los sujetos llevan dedicados a cartonear o la valoración positiva que tienen de la actividad que desempeñan vía transmisión de familiares, amigos o vecinos. En este punto nos resulta de gran utilidad recurrir al concepto de *habitus*.

En efecto, consideramos que la noción de *habitus*, tal como la desarrolla Bourdieu, nos brinda una valiosa herramienta explicativa para comprender esta cuestión. Al avanzar en nuestro análisis se convirtió en dato de suma relevancia el hecho de que, si bien la composición de la población es muy heterogénea y hay artículos que hablan de un importante componente de ex -trabajadores asalariados¹⁵, en el caso de las organizaciones aquí estudiadas una parte importante de quienes participan en ellas y, fundamentalmente, quienes se ponen al frente de estas experiencias, tienen una historia biográfica ligada a la actividad que les permite percibirla y apreciarla de una manera diferente a la visión condenatoria que socialmente se tiene de ella. De este modo, podemos pensar junto con Bourdieu que el *habitus* – entendido como historia en estado incorporado - constituido en buena parte en torno a esta actividad permite que haya un acuerdo “entre lo que la historia ha hecho de ellos y lo que la historia les pide que hagan”, acuerdo que permite que “puedan sentirse bien `en su lugar” (1998: 13): “su cuerpo, donde está inscrita una historia, *se casa* con su función” (1998: 14). Esto no quiere decir que toda la vida laboral de estas personas haya estado vinculada al cartoneo ya que pocas veces hemos encontrado trayectorias laborales lineales; muchas veces se trata más bien de trayectorias en las se han realizado otros trabajos –un porcentaje muy importante de los entrevistados han sido albañiles sin relación de dependencia- pero se ha tenido un contacto intermitente con el cartoneo, ya sea saliendo a cartonear cuando disminuía el otro trabajo, colaborando con algún miembro de la familia o viviéndolo en forma cercana por los vecinos del barrio.

“Pero para mí no es ninguna deshonra revolver la basura porque lo estoy haciendo bien, a pesar de estar sola. Lo estoy haciendo bien. Lucho por lo que quiero y lo logro. Logro porque veo que logro que me quieran gente, que me respeten y que *me consideren como lo que soy: una cartonera*; pero no porque sea una cartonera voy a dejar que nadie me pise, nadie. Porque con el respeto voy a cualquier lado. (...) Él [el hijo] es el único que viene, nada más que para acompañarme, hacerme compañía que no esté sola... y *mi vida es esto*. (...) Siempre cartonee y no tengo vergüenza de decirlo porque no es ninguna deshonra” (subdelegada TB, cartonea hace 24 años, fue su único trabajo)

“...lo que hicimos fue sembrar y cosechar lo que logramos en toda esta época. O sea, hemos cosechado amistad y esta amistad no nos ha cerrado las puertas sino todo lo contrario, nos fortalecieron más... (...) Porque muchas veces, al menos yo, me lo hacen recordar casi siempre los de la “cúpula”, de dónde salimos ¿no?: salimos de la villa y hoy... bueno, yo vivía a 300 mts. de acá [un departamento de material frente a la villa] y me tocó acá pero me tocó 8 meses acostumbrarme que estaba viviendo en un departamento. (...) Para bien de toda la familia lo hicimos, pero yo no me olvido que salí de ahí....y mañana estaremos con el Chevrolet andando y no tiraremos del carro pero andamos en Chevrolet, *seguimos siendo cartoneros. Somos cartoneros igual*” (Presidente Cerbaf, 15 años en la actividad)

Siguiendo con Bourdieu, podemos ver como aún las condiciones de trabajo más precarias y alienantes (“más repelentes, más próximas al trabajo forzado”, dirá también el autor), “son aprehendidas,

asumidas y tomadas a cargo por un trabajador que las percibe, las aprecia, las acondiciona, las acomoda y se acomoda a ellas en función de toda su historia propia e incluso la de todo su linaje” (1998: 23). Creemos que es en estos casos en que no se reniega de la actividad sino que se la concibe como un trabajo más entre otros, trabajo que puede ser mejorado y proyectado, que se pueden abrir paso las organizaciones y, en especial, las cooperativas. Ciertamente, en estos casos se puede apreciar una valoración positiva de la actividad que contrasta con la percepción de la mayoría de los cartoneros y, fundamentalmente, con la percepción que socialmente se ha construido de ella. Los años dedicados a esta actividad, la transmisión generacional, el conocimiento de la calle y de los pormenores de la actividad, así como los valores y códigos compartidos son exhibidos con orgullo en los relatos. Y, si bien por lo general no descartan la posibilidad de obtener otro tipo de trabajo, la apuesta está en ir logrando mejoras de la actividad que les permitan seguir trabajando de esto pero en condiciones más ventajosas.

Descripción de la estructura interna de las organizaciones

Lo dicho hasta aquí permite comprender la modalidad que adquiere la estructura interna de las organizaciones estudiadas. En estrecha vinculación con lo explicado anteriormente, encontramos que las relaciones internas se acercan más a formas clásicas de organización del trabajo (es decir, siguiendo una lógica de jerarquías y centralización de poder) que a un proceso de reformulación asociativo o cooperativo de las relaciones laborales. Así, a pesar de la utilización de la asamblea como modalidad de toma de decisiones, no se perciben por el momento instancias de democratización de las condiciones laborales (Vuotto, 2000). Más bien, en el caso de las cooperativas la práctica asamblearia parece estar más ligada a la adopción de esta modalidad legal de organización que a una decisión de resolución colectiva de las cuestiones a resolver.

Para plantearlo en forma esquemática, encontramos tres formas diferentes de relaciones entre los miembros de las organizaciones y, en correspondencia con ello, tres modos distintos de compromiso con la misma.

(1) En un primer lugar podemos ubicar a lo referentes. Como vimos, los vínculos sociales en las organizaciones están centralizados en la figura de los *presidentes y delegados*; son éstos quienes articulan las relaciones entre el resto de los miembros. En todos los casos presentan una actitud altamente activa y, sobre todo en las cooperativas, se encuentran abocados a su funcionamiento casi a tiempo completo. Creemos que la centralidad que expresa esta figura se debe en parte a que articula lo que Crozier y Friedberg (1990) presentaron como las cuatro grandes fuentes de poder que se corresponden con los diferentes tipos de fuentes de incertidumbre pertinentes para una organización, a saber: a. las que provienen del control de una competencia particular (una habilidad), b. las que están ligadas a la relación entre la organización y sus contextos, c. las que provienen del control de la comunicación y de la información y, d. las derivadas de la existencia de reglas organizativas generales. En efecto, la imagen que el referente construye de sí, y que el resto acepta y legitima, es la de aquel que tiene los conocimientos acerca de la actividad, el que tiene los contactos para poder mejorar la posición de la cooperativa, al que hay que acudir en caso de problemas, el que “sabe que puerta golpear”. Esta posibilidad de controlar (en cierto grado y en un determinado momento) las fuentes de incertidumbre mencionadas se convierte en una fuente de poder debido a que acrecienta la libertad de estos actores por sobre la del resto. En palabras de la protesorera de RS: “A veces nos reunimos, nos sentamos a hablar. Y como Valentín sabe más de esto a veces nos explica cómo es, qué es lo que sirve para vender, cómo seleccionar, poner cada cosa en su lugar, qué es cada cosa, qué sirve y qué no. Y así trabajamos con él. Y a veces cuando él no está nos quedamos acá y trabajamos como él nos dijo” (socia RS). O, como me comentó en una oportunidad el presidente de la otra cooperativa, “cuando yo no estoy me

esperan hasta para cambiar la bombita de luz”. De este modo, aparecen para el resto como irremplazables, aquel del que hay que aprender.

Resulta importante mencionar que en todos los casos se puede ver en los referentes una fuerte tensión entre una cierta necesidad de delegar y, al mismo tiempo, la resistencia a perder ese lugar de centralidad.

(2) Ubicamos en un segundo grupo, relativamente pequeño, a los *miembros de la comisión* y algunos socios más cercanos al presidente (en el caso de las cooperativas) y los *subdelegados* (en el caso del TB). Tienen por lo general una relación medianamente activa en lo referente a los asuntos de la cooperativa. Son quienes acompañan a los referentes a las reuniones con otras instituciones o agrupaciones y quienes participan de las asambleas. Por lo general se conocen y en algunos casos entablan relaciones sólidas entre sí. A la mayoría los une un vínculo de amistad de varios años con el referente. Angela, por ejemplo, nos dice que para ella “*es una amistad y un trabajo*” (socio gerenta, RS). En algunos casos su cargo en la cooperativa directamente les ha permitido seguir viviendo del reciclaje informal de materiales sin tener que salir personalmente a cartonear (en el caso del TB, sin embargo, no se han dado situaciones de este tipo).

De este modo, los socios (o los subdelegados, en el caso del Tren) acompañan, participan, colaboran pero sus roles y los de los referentes se encuentran claramente diferenciados.

(3) Por último, el resto de los *socios*, en el caso de las cooperativas, y *usuarios* del tren, en el TB. En el caso de una de las cooperativas, ésta funciona para los socios casi como cualquier galpón de compra-venta pero con el beneficio de que para algunos materiales obtienen mejores precios y, para otros, se aseguran al menos que les paguen por el peso correcto. Cierta grado de certidumbre y contención vendría dado entonces por esta garantía de que el peso que figura en la balanza sea el peso correcto.

En el caso de la otra cooperativa analizada, varias personas se han asociado porque ello les garantiza alguna forma de salida laboral: algunos socios se encuentran vinculados al proyecto de promotores ambientales recibiendo a cambio planes de empleo del GCBA, otros a un proyecto de costura, y unos pocos en unas obras de construcción de viviendas que se consiguieron por medio de la cooperativa y por lo cual cobran 900 pesos mensuales. Estos proyectos fueron atrayendo a un número importante de personas que se incorporaron inclusive sin ser cartoneros.

Entre los usuarios del TB, en este grupo incluimos al común de los usuarios que aceptan las reglas que surgieron de la organización del tren pero que no participan activamente. Resulta importante señalar aquí que, si bien la posibilidad de expresar su posición o de transmitir propuestas, demandas o quejas es siempre a través de sus delegados, las personas a las que ubicamos en este tercer grupo en el caso del Tren Blanco, a diferencia de las otras dos experiencias, desde su lugar se sienten partícipes en la organización del tren.

Acerca del proceso de construcción de reglas

El establecimiento de pautas de comportamiento o normas internas a la organización resulta de especial interés porque aparece en el discurso de nuestros entrevistados como uno de los principales logros de los intentos de organización. Pero fundamentalmente, el tema cobra especial relevancia si tomamos en cuenta el marco de incertidumbre e inseguridades de todo tipo que marcan el transcurrir diario de estos sujetos. En este contexto, el establecimiento de reglas, códigos, responsabilidades, e incluso, la

instauración de regímenes de sanciones, resulta fundamental en el proceso por ir construyendo ciertas certidumbres que faciliten el proceso de trabajo.

En cuanto a esta construcción, una diferencia importante entre las experiencias analizadas consiste en el hecho de que en el caso del TB el establecimiento de pautas o normas de comportamiento aparece como un fin en sí mismo (un objetivo a alcanzar), mientras que en las cooperativas son un medio o, más apropiadamente, requisitos que deben cumplir para aproximarse a sus objetivos. Expliquémonos: como vimos, el TB surge por una necesidad concreta o, más bien, por una imposición: la empresa no les daría el tren, su herramienta de trabajo, si ellos no elegían delegados que pudieran controlar quién subía y quién no y que funcionaran como intermediarios entre la empresa y el resto de los cartoneros. Ahora bien, una vez elegidos los delegados, empieza a surgir, como necesidad de los cartoneros que utilizan el tren, la implementación de pautas y reglas que normalicen los viajes diarios; de este modo, las funciones de los delegados se amplían. La importancia de encontrar alguna forma de “autoridad” que reglamente las condiciones en las que debe viajar resulta particularmente significativa si pensamos en las condiciones en que se viaja en estos trenes: pocas veces el personal de seguridad interviene en casos de conflictos y no tienen garantizadas las condiciones mínimas de seguridad e higiene (lo cual se agrava si tenemos en cuenta que por el tipo de carga que llevan los riesgos de accidentes son altamente probables); este nivel de abandono y la apariencia misma del tren le han valido la denominación de “tren fantasma” o “tren tumbero”. Aparece entonces la necesidad de incentivar que sean los propios usuarios quienes lo cuiden. Esto cobra relevancia si tomamos en cuenta que los trenes tienen en su interior diferentes tipos de metales que podrían ser un aporte más de gran valor para cualquiera de las personas que lo utilizan. En otros trenes cartoneros es frecuente escuchar quejas porque se han ido llevando prácticamente todas las ventanas, luces, rejas e, inclusive, las puertas de los vagones¹⁶. Dado que las empresas de trenes no invierten en los “trenes cartoneros”, generalmente lo que se llevan se pierde definitivamente. Para evitar (o disminuir) este tipo de problemas en el TB se apela a las sanciones pero, por sobre todo, a la apropiación y compromiso con el tren por cada una de las personas que viajan en él¹⁷. En palabras de un entrevistado:

“[...] ¡A mí me gustaría reciclar toda la estación, que es toda de aluminio! [...]¿No viste el trabajo de hormiga que hicieron en la 9 de Julio? Que sacaron toooooo las chapas de aluminio. Bueno, ves, hay cartoneros que vienen a laburar y hay otros que no [E: ¿y en el tren no pasa?] Noooo! [E: Porque en otros trenes se han llevado muchas cosas...] Porque no saben valorar el tren. Nosotros lo sabemos valorar, lo sabemos cuidar, porque sino nosotros no viajamos [...] Acá nosotros no queremos a ninguno de Tigre [es otro tren cartonero, también perteneciente a TBA] La otra vez rompieron todo el tren de ellos y tuvieron que mandar el cartonero de nosotros para allá. Y ese no es el derecho de ellos. *El derecho es de nosotros porque el cartonero es de nosotros*. No nos vamos a quedar clavados nosotros porque el cartonero de ellos se rompió. Vos ves el otro cartonero y no tiene puertas ni ventanas, nada. Porque no lo cuidan. Este tiene rejas, las puertas [...]” (Carlos, usuario TB).

Decíamos que, en cambio, en el caso de las cooperativas el establecimiento de pautas y reglas es un medio para la obtención de un objetivo. ¿Cuál? Principalmente (aunque, como veremos más adelante, no exclusivamente) mejorar la ganancia vendiéndole el material en forma directa a las empresas saltando a los intermediarios. Para ello, encontraron en la cooperativización una posibilidad accesible y, estar organizados en cooperativas exige una modalidad específica de organización interna; esto es: normas a seguir. De este modo, las personas que participan en cooperativas comienzan un proceso de aprendizaje de normas que están fijadas previa y exteriormente: la modalidad a partir de la cual se toman las decisiones (asambleas ordinarias y extraordinarias), la frecuencia aproximada de esas asambleas; las distintas funciones que debe haber en la cooperativa; la modalidad de sostenimiento económico de la misma, etc. A partir de estas bases (para lo cual deben tomar los cursos del Inaes) cada cooperativa se reapropia de ello de manera particular, mediante un proceso de adecuación a sus propias capacidades y características como grupo. En el caso del Tren Blanco, en cambio, la modalidad que va

adquiriendo la organización fue por completo un proceso de construcción por parte del mismo grupo: la forma que encontraron, como vimos, fue la elección de delegados por estación. El establecimiento de reglas (y sanciones para los incumplimientos) son parte de este proceso de construcción de pautas que normalicen el funcionamiento interno (intentando disminuir los riesgos e incertidumbres) en vistas a facilitar y potenciar la actividad.

Sin embargo, en varias ocasiones el establecimiento de estas normativas a sido motivo de conflictos entre los miembros debido a la fuerte impronta coactiva que presentan en algunos casos, como así también, por la forma discrecional en que estas medidas y sanciones suelen ser aplicadas.

“[E: ¿y en el tren desde qué edad pueden viajar?] Los menores de 15 años no. A veces sí, pero...

[Interrumpe el compadre: pero él deja subir a las chicas: “¿vos cuánto tenés?” “14”, “bueno, pasa”, “no vos no”, les dice a los pibes. “vos sí”, “vos no”, ¡parece la puerta de los bailes!] [E: ¿es tan así? ¿Vos decidís quién pasa y quién no?] Sí [E: ¿y eso no genera algo de bronca?] Pero como ya saben cómo es el tema... no te dicen nada porque ya saben que los menores de quince años no pueden subir a la formación” (subdelegado, TB)

Además, si bien hay normas que se desprenden de una necesidad de los propios cartoneros, hay otras que surgen por disposición de TBA y otras más ambiguas que cumplen una doble función. Concretamente, esta ambigüedad muchas veces reside en que normas que surgen desde la empresa con objetivos claramente prohibitivos y de control (como que no viajen los menores o que deba haber listas donde figura quien pagó el abono y quién no) intentan ser explicados y resignificados por los delegados como beneficiosos para la organización.

Por otra parte, hay que remarcar que estas normativas que se establecen suelen estar meramente circunscriptas al espacio en que funcionan las organizaciones pero en muy pocos casos impactan en el trabajo y la vida cotidiana de los sujetos. En palabras de los entrevistados:

“[¿Uds. entonces tienen posibilidad de decidir, se los escucha, si no están de acuerdo se los escucha?] Sí, es un país democrático. *Podemos hacer lo que queramos...* [Agrega otro entrevistado: arriba del tren] sí... *arriba del tren*” (usuario TB)

“[Los delegados]... de acá para allá [estamos haciendo la entrevista en el andén], no nos pueden decir nada. Por más que yo estoy parado allá en la esquina y viene un delegado y me habla, yo lo puedo mandar a cagar; tranquilamente” (usuario TB)

Relación con el Estado y formas de politicidad

“En México nos dicen ‘pepenadores’, en Perú y Ecuador ‘minadores’, en Colombia ‘recicladores’, en Uruguay ‘clasificadores’, en Argentina, Paraguay y Chile, ‘cartoneros’, en Brasil ‘catadores’, en la India ‘cirujas’ y en general somos ‘basurriegos’. Pero somos unos mismos, somos los pobres, somos los que reciclamos, somos los que limpiamos el mundo de la basura del consumo. ¿Y qué queremos? Queremos reconocimiento económico, social y ambiental... Para lograrlo necesitamos tener las manos en la basura, (pero) la cabeza fuera de la basura”.
(Delegado Colombiano, al cierre del Congreso Latinoamericano de Catadores)

En este apartado nos introduciremos en una de las preguntas centrales que motivaron esta investigación: la pregunta acerca de la existencia (o no) en estas experiencias de elementos que puedan considerarse de orden político. Para ello, comenzaremos dando cuenta de un elemento clave para el desarrollo de este tema: la relación que las organizaciones entablan con el Estado.

Para comprender las modalidades de vinculación que se establecen con el Estado conviene recordar que se trata de una actividad que en la Ciudad de Buenos Aires estuvo condenada a la ilegalidad durante poco menos de tres décadas. Consecuentemente, durante aquellos años las acciones del Estado hacia esta población se limitaron a intervenciones de índole represiva. La sanción de la Ley 992, contribuyó a modificar –en parte– las reglas del juego. La emergencia de esta ley debe ser considerada como parte de transformaciones más profundas en el lugar que comienzan a ocupar los cartoneros en la ciudad: el incremento abrupto del número de personas que diariamente recorrían las calles de la ciudad a pesar de la prohibición y, ligado a ello, la visibilidad que ésta comenzaba a adquirir, pero también la contienda electoral que ubicó a la cuestión de los cartoneros como elemento de disputa (principalmente entre Macri e Ibarra¹⁸) fueron haciendo de la problemática de los cartoneros un problema político y, de este modo, una preocupación de gobierno. A esto contribuyó también el hecho de que durante esos años comienza a instalarse en la ciudadanía una mayor visualización de las consecuencias del modelo neoliberal lo cual contribuyó a que un sector de la población se solidarizara con la situación de los cartoneros instalándolo como problema urbano.

En lo que sigue intentaremos demostrar que, en este contexto, las organizaciones de cartoneros jugaron un papel importante en este camino hacia el reconocimiento social que se empieza a transitar, al mismo tiempo que este reconocimiento contribuye a la consolidación y desarrollo de las mismas.

De este modo, plantearemos que la relación que establecen estas organizaciones con el gobierno se basa en prácticas que apelan al *reconocimiento*. En este sentido aunque por momentos las estrategias se presenten en términos de *confrontación* (como se ve en el caso de RS) o de *indiferencia* (como en el caso del TB), éste ocupa en todo momento un papel fundamental en la legitimación de la identidad de las organizaciones. Así, aún en el caso de la cooperativa que presenta la posición de mayor confrontación, lo que se reclama es “ser tenidos en cuenta” (presidente, RS). De este modo, se trata de la búsqueda de *integración*. Esta demanda de integración, que se ve reflejada en la participación de las tres organizaciones en la creación de la Ley 992 (que incorporó a los cartoneros formalmente como parte integrante del Servicio de Higiene Urbano) es explicada generalmente por los entrevistados como una estrategia meramente instrumental. Se trataría de una forma de buscar acceder a recursos que se considera que sólo pueden provenir del Estado. Por supuesto, estos recursos están en pugna con otros sectores sociales así como con otras organizaciones de cartoneros. Lo que nos interesa particularmente señalar es que, en la búsqueda de esos recursos, se adoptan los carriles institucionalmente establecidos. Un ejemplo de esto es la participación en iniciativas organizadas desde el gobierno –fundamentalmente desde el PRU– como la Mesa de Diálogo¹⁹.

Pero consideramos, además, que lo que está en juego en esta estrategia de acercamiento es la eficacia simbólica del Estado como detentador del poder de *consagración* (Bourdieu, 1997). Las organizaciones buscan de este modo asegurarse el acto estatal del *reconocimiento*. En este sentido, en todos los casos estudiados, las organizaciones se van constituyendo como tales en este proceso de reconocimiento por parte del Estado y no por fuera de éste. Retomando en parte el planteo de Frederic (2004), diremos que los actos de autoridad garantizados por el Estado son los de *representación*. Así, en nuestro caso lo que está en juego es el reconocimiento de los referentes por el Estado como el hecho que los instituye y que los autoriza en su papel de representación del resto de los miembros. Mucho más claro se puede ver en el caso de Utraca; en el proceso de constitución de esta meta-organización, uno de los principales puntos de conflicto entre los referentes de las organizaciones que actualmente la conforman es hacia dónde dirigir su accionar: hacia la búsqueda de reconocimiento de su rol de representante por parte de lo que denominaban las “bases” (esto es, el conjunto de los cartoneros), o hacia el reconocimiento por parte del Estado.

Por otra parte, la búsqueda de reconocimiento no se dirige únicamente al Estado sino que se busca un *reconocimiento social* más amplio. En este sentido, en cada una de las experiencias que analizamos sus miembros expresan sentir que el proceso que se encuentran llevando adelante es un fenómeno especial, novedoso. Este sentimiento se sustenta fundamentalmente por el lugar que los medios de comunicación y agentes externos a las mismas (investigadores, visitantes extranjeros, asambleas, entre otros), les están otorgando. Este reconocimiento externo, que es producto de la dinámica organizacional pero se presenta como una consecuencia no buscada, permite a su vez reforzarla. Al mismo tiempo, el hecho de ser reconocidos por otros sectores sociales modifica la forma en que individualmente vivencian la experiencia. En palabras de una entrevistada: “Yo pienso que nosotros los cartoneros estamos dando el ejemplo a muchas personas que nos ignoraban, les estamos dando el ejemplo que ellos pensaban que nosotros no les íbamos a dar, le estamos dando. (...) Vinieron muchos periodistas acá; muchos periodistas de afuera de Brasil, de Estados Unidos, de Japón, creo que también vino de China. Vinieron muchos periodistas a hacer entrevistas acá a los cartoneros de Argentina. Muchos. Y ahora vinieron estas holandesas, hoy vinieron” (delegada, TB)

A diferencia de lo que ocurre con el movimiento piquetero cuyas acciones la mayor parte de las veces se apartan de la ley (Merklen, 2005), en nuestro caso se busca inscribir la acción en el juego de relaciones formalmente establecidas. Así, en muchas oportunidades encontramos un categórico rechazo al modo de acción de los piqueteros. En efecto, aunque la línea divisoria es sumamente confusa ya que muchos cartoneros se suman también a las filas de algunos de los movimientos piqueteros, en los testimonios aparecen como dos espacios diferenciados que no parecieran tener puntos de intersección. Junto con la crítica frecuente al modo de acción de los piqueteros se menciona la importancia de utilizar los canales institucionales para dar cauce a las demandas: reuniones con funcionarios, elaboración de documentos, entre otros. Sin embargo, la dinámica propia de una actividad tan informal y precaria, impide que esto sea posible en todos los casos: es aquí cuando se recurre a otros modos de acción como el corte de vía (que ha sido muy utilizado en el TB) o las marchas con cortes de calles.

Ahora bien, esta búsqueda de integración vía los canales institucionalizados ¿invalida las posturas críticas de estas organizaciones respecto del Estado? En absoluto. Esta búsqueda de reconocimiento e inclusión va acompañada de una fuerte crítica al accionar estatal en su modalidad actual. Es sumamente generalizada la percepción de que ellos no son una preocupación del gobierno y que las acciones que los tienen como destinatarios continúan siendo insuficientes y, esencialmente, represivas y exclusoras. La credencial que deben usar para cartonear (que lleva su foto, nombre y apellido, y la zona en la que trabajan) así como la pechera (de color fosforescente y que lleva la inscripción “recuperadores urbanos” “Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires”) son consideradas por la mayoría una muestra más del maltrato y la discriminación por parte del Estado:

“Es una confianza para el vecino de acá de Capital, pero para el cartonero realmente es una falta de respeto. Porque yo creo que viviendo en este país tan grande y que tiene tantas cosas, y teniendo que trabajar de cartonera, nosotros no merecíamos un permiso para cartonear. No merecíamos esto. Nosotros creo que fuimos un país muy grande y que merecíamos algo mucho mejor que poder decir ‘mirá, me dieron esto’ [en referencia a la credencial]” (delegada, TB).

“Estado tiene que tomar cartas y en algún momento preguntarnos que esperamos ¿o creamos una dinastía de cartoneros sin demasiado futuro? Porque si seguimos así todos van a ser cartoneros, todos los que vienen atrás nuestro, nuestros hijos y nuestros nietos”.

Cuando se indaga directamente por la cuestión política, aparece un denodado esfuerzo por hacernos saber que en las organizaciones no se hace política. Una y otra vez, en los relatos, *política* y *trabajo* aparecen como opuestos. Así, en todo momento nos encontramos con un intento contundente por dejar

en claro la diferencia entre organización y política. La política es entendida (y temida) en su forma de política partidaria: bajo esa concepción la política viciaría el trabajo que ellos están intentando llevar adelante.

“Nosotros acá nos manejamos entre cartoneros, nada más. *No hay política ni nada. Únicamente cartoneros*” (subdelegada TB)

“El Sapo dice que “es una diferencia de clase”, ¡dejá la clase de costado porque la única clase que conozco son las que están en las escuelas y los domingos están cerradas! (...) ¡no les vayas a hablar de política [a los compañeros]! *Hablales de trabajo*. Hablales no de ayudas económicas ni conseguirles subsidios pero sí de generación de trabajo y cómo organizarse. Después recién hablales de política todo lo que vos quieras; ahí sí que creemos en la clase...” (Presidente Cerbaf)

Sin embargo, no creemos que ello deba conducirnos a plantear sin más que en las organizaciones de cartoneros no se hace política. Por el contrario, la política forma parte de la vida cotidiana de estas personas. Ocupa cada espacio, cada momento del transcurrir diario. En efecto, como hemos intentado demostrar a lo largo del artículo, para algunos de los sujetos que participan en estas experiencias – haciendo uso de las palabras de Auyero- “la política es una práctica cotidiana, aún cuando no lo sepan” (2001b: 40). En efecto, esta lucha por la supervivencia por medio del propio trabajo va dando forma a un denso y complejo entramado de relaciones que trascienden el espacio de la autoorganización y en donde la política es constitutiva de la vida diaria.

Si bien los primeros pasos de las tres organizaciones estuvieron ligados a la urgencia inmediata de preservar la única fuente de trabajo disponible, fue la propia dinámica organizacional la que los fue conduciendo al tejido de redes más amplias, que les proporcionaran sostenes materiales y simbólicos. En varias ocasiones comienza a darse un proceso de participación en ámbitos específicamente políticos. Una de las cooperativas, por ejemplo, se encuentra participando de los encuentros de la Coordinadora de Barrios Gral. San Martín que, en palabras de su presidente: “... es una organización que involucra a organizaciones sociales: comedores, merenderos, cooperativas de vivienda, que estamos en una... ¡en un movimiento! Un movimiento social que es General San Martín, la coordinadora de barrios. (...) Estas organizaciones que nos juntamos somos todos los que quedamos en la lona. ¡Somos todos los que no nos escucharon antes y nos juntamos ahora!” (presidente, RS). Paralelamente comienzan a surgir todo tipo de proyectos de política barrial como la presentación de una lista de la cooperativa a las elecciones en villa 3, al mismo tiempo que se encuentran participando en reuniones del Partido Humanista y del OLP. En este último caso, explican su participación como meramente “utilitaria”: la cooperativa garantiza gente en los piquetes a cambio de planes sociales y bolsas de alimentos:

“[E: ¿y acá de Soldati te acompañaba alguien o ibas vos solo [a los encuentros de la OLP²⁰]?) -no, iba con toda la gente, y pedíamos planes sociales, alimentos [...] para el barrio, para repartir entre los compañeros [...] Por mes teníamos un cupo de comida [E: el reclamo era ese, comida y planes] claro. Y bueno, después teníamos que actuar como piqueteros” (Presidente de la cooperativa)

Por momentos, la participación en agrupaciones políticas alcanza tal variedad en su espectro ideológico-político que resulta difícil de comprender y de ubicar en una postura ideológica “coherente”, desde los parámetros en que tradicionalmente suelen interpretarse las posiciones políticas. Para comprender la complejidad de las formas que adoptan los compromisos políticos resulta central entender, siguiendo a Merklen, “la multiplicidad de sentidos con los que los sujetos se ponen en contacto con la política” (2005: 72), sin que esto deba ser interpretado como falta de coherencia. De este modo, la lógica que se encuentra por detrás de estos compromisos no debe entenderse como directamente “ideológica” ni como simplemente “estratégica”, sino como la lógica de verdaderos

“cazadores urbanos” al acecho de todo aquello que pueda ser llevado al colectivo de pertenencia (Meklen, 2005). Ciertamente, como veíamos más arriba, prácticamente todos los vínculos se convierten en recursos más tarde o más temprano. Incluso yo misma, que me acerqué en mi “rol” de “investigadora”, fui convocada en diferentes momentos para colaborar con las organizaciones; en respuesta a esta demanda, participé dándole la forma de “proyecto” a las propuestas que me transmitían para que pudieran ser presentadas en programas estatales o ONGs (que les exigen esta forma de presentación), dí charlas sobre “cooperativismo” y “asociacionismo” y ayudé a armar folletos para la difusión de algún emprendimiento. Resulta importante señalar que en estos compromisos que se establecen para obtener diferentes recursos, el “colectivo de pertenencia” destinatario no suele ser únicamente la organización “cartonera” sino que muchas veces la trasciende y se extiende a otros habitantes del barrio en el cual la misma se encuentra ubicada.

Una situación interesante de analizar se sucedió en torno a la posibilidad de recibir subsidios para que los hijos de cartoneros pudieran asistir al colegio. Esta demanda, que surge en gran parte como consecuencia de la interna política entre Bullrich y el Jefe de Gobierno, Ibarra, fue apoyada en un primer momento por un grupo relativamente pequeño de cartoneros que hicieron una denuncia contra el GCBA (los diarios mencionaban alrededor de treinta cartoneros). Finalmente, la medida fue apoyada indirectamente por una asistencia masiva de cartoneros a los Centros de Gestión y Participación para intentar cobrarlo. Sin embargo, en las organizaciones, la apertura de esta posibilidad dio lugar a acaloradas discusiones acerca de si el hecho de recibirlo no los iba a ubicar en un lugar de no-trabajadores que los podía perjudicar en su imagen pública. Las posiciones al respecto eran divergentes pero, lo que nos interesa señalar es que en el trasfondo de este debate se encontraba una tensión más profunda: aquella que -en sus formas extremas- se expresaba entre quienes pensaban que debían luchar por su lugar como *trabajadores* que se encontraban trabajando, o como *desocupados* que estaban realizando una “changa” transitoria y debían ser apoyados por el Estado. Una parte importante de quienes se ubicaban en la primera posición entendían que una ayuda estatal entraba en contradicción con su rol de trabajadores y que, en todo caso, esa ayuda debía ser para mejorar la actividad y no en forma de subsidios, asociados generalmente con el desempleo.

Esta tensión resulta de suma relevancia. Consideramos que el conflicto que subyace es respecto a la *institucionalización* de la actividad y del *proyecto de sí* vinculado a la misma. En efecto, cuando la demanda al Estado consiste en mejoras en las condiciones de trabajo (es decir, mejorar la actividad del cartoneo), se inicia un proceso de institucionalización de esta actividad que la gran mayoría inició pensándola como transitoria. Este no es un proceso sencillo de afrontar para los sujetos ya que implica una apropiación subjetiva de la actividad que están desarrollando y, de algún modo, una proyección en ella a futuro. Siguiendo a dos autores ya clásicos de la sociología podemos decir que la actividad a partir de la institucionalización: “[...] logra fijeza en la conciencia; se vuelve real [...] y ya no puede cambiarse tan fácilmente” (Berger y Luckmann, 1968: 79).

Esta ambigüedad se encuentra presente en cada decisión, en cada demanda, en cada acción: es la tensión permanente entre la necesidad de reivindicar la actividad como un *trabajo digno* que deber ser reconocido socialmente, y la demanda de “trabajo genuino”, diferenciándolo del “trabajo cartonero”. Estas dos posiciones coexisten en las organizaciones e, incluso, en la mayoría de los sujetos que se dedican al cartoneo y resulta una tensión que corroe la posibilidad de proyectarse como “sector social”, meta que, como veremos, se ha propuesto Utraca. De este modo, la búsqueda de reconocimiento e institucionalización de la actividad por parte de otros actores sociales y, fundamentalmente, del Estado, se da en paralelo con otra siempre presente que es la abandonar el cartoneo y encontrar “trabajo genuino”. Esta oscilación entre si el cartoneo debe ser considerado un trabajo digno o no (que se expresa gráficamente en las entrevistas cuando explican que consideran que cartonear es “un trabajo como cualquier otro”, “un trabajo digno” para, sólo unos minutos después en la misma entrevista,

comentar que se encuentran “buscando *un trabajo*” o que “cuando *no hay trabajo* tengo que ir a buscar cartón”) se encuentra siempre presente y se expresa en toda su ambigüedad cuando de demandas al Estado se trata.

Es en este sentido que encontramos interesante incorporar al análisis el caso de Utraca. Esta “meta-organización” resulta, por sus objetivos, estructura y proyección, especialmente atractiva para indagar en la dimensión política de la acción de los trabajadores cartoneros.

Utraca nace como consecuencia del desenvolvimiento de los compromisos sociales que fue adquiriendo una de las cooperativas analizadas. Es después de la participación en un congreso latinoamericano de cartoneros que surge la idea de que Argentina creara una “organización de organizaciones” tal como ya se venían constituyendo en otros países. Así nace Utraca, concebida, en principio, por un pequeño grupo de cartoneros con varios años en la actividad y por algunos militantes políticos que habían participado activamente en política durante la década del setenta. A pesar de que se trata de una experiencia sumamente incipiente y que nada nos indica aún si va a lograr prosperar del modo en que se lo ha propuesto, nos interesó a los fines de este artículo el hecho de que se plantee entre sus objetivos la lucha por el reconocimiento de la actividad como un *trabajo digno* y, como tal, con *derechos laborales*. En este sentido, el caso de Utraca resulta sumamente interesante por el intento de establecer un pasaje de la *demanda por trabajo* a la *demanda por derechos laborales* indicando, en este segundo caso, que consideran a la recuperación informal de residuos como un trabajo, y que la lucha es por mejores condiciones en el mismo.

De este modo, Utraca comienza a transitar el camino que mencionábamos como de institucionalización de la actividad, fundamentalmente, proponiéndose como meta constituir a los cartoneros en un sector social con entidad propia. Ello implica el necesario y dificultoso trabajo de articulación de las preocupaciones y necesidades que los unen (demandas generales) por sobre aquellas que los separan (demandas particulares). Así, Utraca declara en un boletín oficial: “es de fundamental importancia que los trabajadores cartoneros y afines constituyan su propia organización, que unifiquen ideas y criterios, que puedan ser reflejados en un programa reivindicatorio de su situación” (Utraca, “Declaración de Jujuy”)

Por otra parte, en este camino por ir construyendo un espacio legítimo para la actividad comienzan a adoptarse estrategias que les permitan constituirse en interlocutores válidos ante otros sectores sociales (y ante el Estado) al mismo tiempo que se busca que las reivindicaciones sean socialmente aceptables. Para ello, todas las organizaciones estudiadas han comenzado a adoptar repertorios retóricos de interés general o de la utilidad pública (Cefäi, s/f): concretamente, la apelación al rol de los cartoneros en el cuidado del medio ambiente. En efecto, se considera que el hecho de presentarse como *trabajadores* y como *ecologistas* les permite acreditarse públicamente. No es un hecho menor, que esta apelación a los beneficios socio-ambientales de la separación de los residuos recuperables sea una bandera levantada por un número creciente de ONGs ambientalistas e incluso por el propio Estado²¹. Así, las organizaciones parecen estar moldeándose a esta coyuntura. En la mayoría de los casos, la apelación a la faceta ecológica de la labor aparece meramente como una estrategia “hacia fuera”, mientras que en otros se puede ver un mayor convencimiento interno acerca de la “utilidad social” de su trabajo. Así, al mismo tiempo que se lee en la página del Gobierno de la Ciudad que los “recuperadores urbanos” cumplen funciones *sociales, económicas y ambientales*²², comienza a expandirse la utilización de términos ambientalistas entre los cartoneros, desde el nombre de una de las cooperativas estudiadas (Cooperativa *Ecológica* de *recicladores* del Bajo Flores que se plantea en sus folletos que “nuestra labor consiste en proteger el medio ambiente para que los residuos se conviertan en materia útil para la cadena productiva”), hasta Utraca que plantea: “... nos resistimos a la marginación *generando nuestra propia fuente de trabajo*, que a su vez, *es un aporte importante para la preservación del medio*

ambiente, ya que todo lo que recuperamos no es enterrado y eso significa menos contaminación de nuestra `madre tierra´...”.

En estos casos, vemos que la identificación con la actividad pasa también por encontrarle una razón social y ambiental, y la afirmación de que se trata de un *trabajo*. En este último sentido, esta afirmación pasa en gran medida por la búsqueda de alteridad respecto de “otros” que, según esta perspectiva, no serían trabajadores: mendigos, ladrones y quienes viven de planes sociales. En este caso, los mecanismos de identificación con la actividad que realizan y con otros que se desempeñan en lo mismo pasa por la idea de que “nadie nos regaló ni nos regalará nada. Todo lo que conseguimos es fruto de nuestro propio esfuerzo. (...) que se nos reconozca como trabajadores y se nos incluya socialmente...” (Documento de Utraca).

En los fragmentos citados puede verse con toda claridad los intentos por construir una *identidad política*. Sin embargo, en los hechos, esa identidad no se refleja en un sentimiento de unidad. Consideramos que esto se debe fundamentalmente a la inexistencia de los límites que mencionamos como constituyentes de toda identidad: una alteridad común o la ruptura con cierto pasado (Aboy Carlés, 2001). Lejos de la delimitación de una alteridad común, la constitución de alteridades sigue dependiendo de cada organización y de cada momento en particular (el Estado, la empresa de trenes, la empresa de recolección de residuos, los organismos internacionales²³, los vecinos que no clasifican, entre otros). Esto impide la conformación de un espacio relativamente homogéneo y de acción común (Aboy Carlés, 2001) y, de este modo, la emergencia de construcciones identitarias sólidas.

Como dijimos, se vislumbran, en cambio, procesos de identificación generalmente en aquellas personas que llevan mucho tiempo en la actividad y que pueden despojarla de las connotaciones socialmente negativas que suelen ser asociadas a ella. Estas personas, se encuentran por lo general trabajando activamente por modificar su situación. Sin embargo, veíamos que una de las mayores dificultades con las que se encuentran en este camino es su propia ambivalencia respecto del sendero que se proponen transitar: es decir, la disyuntiva entre el pasaje hacia una mayor institucionalización de la actividad a través de su reconocimiento social y la búsqueda de derechos laborales o, por el contrario, hacia la obtención de otro tipo de trabajo.

Como reflexión final quisiéramos plantear que, tal vez, esta tensión simplemente *no pueda* ser resulta. Quizás, pensamos, esta tensión esté reflejando la coexistencia de dos inclinaciones propias del ser humano: por un lado, la necesidad de poder autoafirmarse en el lugar en el que se está, por más subordinado que éste sea, y hacer de él un espacio habitable, es decir, reconocerse en un ámbito de pertenencia y encontrar allí sentidos. Se trataría, en este caso, de la necesidad (casi antropológica) de construir certidumbres y soportes en medio de tanto desconocimiento y descontentión. Por otro lado, la necesidad de encontrar en la negación del lugar que socialmente les fue asignado (y que es claramente un lugar de relegación), el impulso para generar un cambio más profundo de su situación. Se reniega de ese lugar que no se elige y, desde allí, se espera alcanzar una situación más cercana a la deseada.

De este modo, si bien algunos sujetos se encuentran más inclinados hacia algún polo de esta tensión, consideramos que la ambigüedad convive en cada uno como una tensión irresoluble.

Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos intentado realizar un análisis sociológico de las tramas de sociabilidad y politicidad que se constituyen a partir de la emergencia de experiencias de organización en torno a la recolección informal de residuos. Para ello, centramos nuestro análisis en tres organizaciones de cartoneros con características diferentes en cuanto a su estructura, objetivos y modalidades de

vinculación externa. Sumamos además una cuarta experiencia, muy embrionaria, que se propone nuclear a las organizaciones existentes.

Las tres experiencias elegidas surgieron como respuesta a la urgencia de las necesidades y en una búsqueda por acreditarse socialmente: en un caso por medio del estatuto jurídico como cooperativas, en el otro como colectivo organizado por medio de representantes reconocidos formalmente por la empresa ferroviaria.

Como hemos intentado demostrar, las mismas se constituyen en intentos por mejorar los procesos de trabajo en la recolección informal de residuos lo cual requiere de un proceso previo: la identificación de los sujetos con la actividad laboral que están realizando, esto es, percibirla como un trabajo que amerita la dedicación de tiempo y esfuerzo en vistas a su mejor aprovechamiento. Este *proceso de identificación* implica un pasaje de la percepción del trabajo como transitorio (lo cual supone estar en la permanente espera de otras oportunidades) a la constitución de un proyecto de sí en vinculación con el mismo. Este pasaje puede darse en algunos casos bajo la forma de la resignación, mientras que, en otros, adopta formas creativas y transformadoras.

Comenzamos el trabajo de investigación apoyándonos en la hipótesis de que la construcción de intentos de organización colectiva, en contextos de gran fragmentación social y en una actividad que fue históricamente concebida como individual, resulta posible gracias al capital social (formal pero fundamentalmente informal) que los sujetos poseen, junto con la experiencia previa en algún tipo de actividad gremial o de organización en torno al trabajo. A poco de avanzar se hizo evidente que, si bien se corroboraba la importancia del capital social informal como el principal recurso que los sujetos hacían jugar para llevar adelante estas experiencias, era prácticamente inexistente la influencia de experiencia anteriores de organización en torno al trabajo debido a que la gran mayoría no había pasado por el mercado laboral formal que fue el que históricamente dotó a los trabajadores de experiencias de organización. Así, a poco de comenzar el camino de la investigación, se incorporó la hipótesis de la centralidad del *tiempo* que los sujetos llevan vinculados a la actividad (en forma directa o indirecta) y con ella, la constitución de un *habitus* en relación a la misma. Veíamos entonces que el proceso de identificación estaba estrechamente vinculado con estas trayectorias ligadas a la actividad (en forma personal o por transmisión) que permiten que haya una coincidencia entre lo que *se es* y el *lugar que se tiene socialmente designado*.

En cuanto a las formas que adquiere la política, hicimos notar que, a pesar de una retórica fuertemente a-política, la política forma parte del hacer cotidiano de la mayoría de las personas que participan en estas experiencias. Por otra parte, veíamos que, sin proponérselo, las mismas dinámicas organizacionales los han ido llevando a un extensivo involucramiento político que trasciende ampliamente lo que se planteó como objetivos explícitos de las organizaciones. En ese sentido, planteamos que ocupa un lugar central la apelación a repertorios retóricos de interés general o de la utilidad pública (Cefaï, s/f), como por ejemplo su función social ambientalista.

A partir de ese análisis, vimos cómo, tímidamente, estarían comenzando a delinearse *identidades políticas* en esta búsqueda por encontrar demandas en común, como trabajadores y como ecologistas; pero, al mismo tiempo, señalábamos dos situaciones que corroen, en parte, esta posibilidad. Por un lado, las dificultades para definir alteridades en común que constituyan un adentro y un afuera claros (Aboy Carlés, 2001); por el momento, estas alteridades, así como las problemáticas con las que tienen que lidiar, difieren de una organización a otra e, incluso, entre los miembros de las mismas organizaciones. Por otro lado, una tensión fundamental que se encuentra en la base de la forma en que se van construyendo las identidades: la oscilación entre la percepción del cartoneo como un trabajo digno o como un no-trabajo; esto conlleva dos posiciones diferentes para establecer demandas al

Estado: la reivindicación del reconocimiento del trabajo y la demanda de mejores condiciones laborales o la demanda de trabajo “genuino”. En relación a ello, reflexionábamos sobre la idea de que esta tensión estuviera reflejando en otra más radical: la ambivalencia entre la tendencia de los sujetos a hacer de los lugares que ocupan un mundo habitable, a apropiárselos, y la inclinación a renegar de ese lugar ocupado subordinado y resistir aunque más no sea desde esa posición de renegación del lugar en el que se está.

Consideramos que los desarrollos organizacionales como los estudiados son formas que encuentran los sujetos de llevar adelante procesos de reconstitución de lazos sociales. Deben entenderse, por lo tanto, en el marco del profundo proceso de descomposición social que se vivió en nuestro país y al que hicimos referencia al principio del artículo. Este proceso de profunda reestructuración tuvo un impacto particularmente agudo en los sujetos que se encontraban más desprotegidos. Así, las zonas a las que pertenecen las personas que participan en estos emprendimientos sufren cotidianamente la violencia interpersonal cotidiana, la violencia represiva estatal intermitente y la violencia estructural del desempleo (Auyero, 2001a). Es en este cuadro de situación que deben interpretarse los intentos de autoorganización. Son, de este modo, intentos de construcción de redes “desde abajo” (Svampa, 2005) que buscan suplir, en parte, los espacios que fueron quedando vacíos de intervención estatal. Ciertamente, los casos estudiados cumplen una función social nada desdeñable; sus miembros las definen como experiencias valiosas en términos de reconstitución de lazos vinculares que permiten contención y cierta estabilidad en este marco de fragmentación social e incertidumbres de todo tipo. Si bien es importante recordar que hay una gran parte de sus miembros que han establecido solamente una relación de tipo “comercial” y, de este modo, han quedado afuera de estos efectos en términos de sociabilidad, para otro grupo estas experiencias han contribuido en grado importante a fortalecer sus relaciones vinculares y su percepción subjetiva respecto de la actividad; de este modo, han tenido un valor significativo respecto de la dimensión simbólica del trabajo que realizan.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, Gerardo 2001 “Repensando el populismo”, ponencia preparada para el XXIII Congreso Internacional Latin American Studies Association (Washington D.C.)
- AGUILAR, Paula; Alú, Mariano; Dimarco, Sabina y otros 2004 “Empoderamiento, lazo comunitario, y construcción de subjetividades. Aproximación a la estrategia de lucha contra la pobreza del Banco Mundial” en *Banco Mundial: Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social* (Buenos Aires: IMFC) Cuadernos de Trabajo (en prensa)
- ALVAREZ, Sonia 2000 “Capital social y concepciones de pobreza en el discurso del Banco Mundial. Su funcionalidad en la “nueva cuestión social” ponencia presentada en la Jornada de Discusión *La cuestión social en Buenos Aires*, UNGS
- ANTUNES, Ricardo 1999 *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo* (Buenos Aires: Colección Herramienta)
- ARFUCH, Leonor 2002 “Problemáticas de la identidad” en Arfuch, L. (comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades* (Buenos Aires: Prometeo)
- ASPIAZU, Daniel; BASUALDO, Eduardo; SCHORR, Martín 2000 “La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las última décadas” en Instituto de Estudios y Formación CTA (Buenos Aires)
- AUYERO, Javier 2001a “Introducción: claves para pensar la marginación” en *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Buenos Aires: Manantial)
- 2001b – *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo* (Buenos Aires: Manantial)

- 1999 “La nueva vanguardia de los pobres. Notas de campo sobre los programas sociales y los intelectuales orgánicos del Banco Mundial”, en *Apuntes de Investigación* (Buenos Aires) Año III N°4
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas 2003 (1968) *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Amorrortu)
- BIALAKOWSKY, Alberto, LUSNICH, Cecilia 2001 “Proceso de trabajo y padecimiento en la exclusión social”, ponencia presentada en el XXVIII Congreso Interamericano de Psicología (Chile)
- BOURDIEU, Pierre 1997 *Capital Cultural, escuela y espacio social* (México: S. XXI)
- 1991 *El sentido práctico* (Madrid: Taurus)
- 1998 (1980) “Lo muerto se apodera de lo vivo: las relaciones entre la historia reificada y la historia incorporada” Traducción de E. Tenti: FCS, UBA, en *Actes de Recherches en Ciencias Sociales*, 32/33
- BUSO, Mariana y GORBÁN, Débora 2003 “Resignificaciones identitarias en un difundido, difuso y conflictivo espacio de trabajo. Cartoneros y feriantes en calles argentinas”, ponencia presentada en XXIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (Perú).
- CEFAÍ, Daniel “Acción asociativa y ciudadanía común ¿La sociedad civil como matriz de la res publica?, en <<http://www.injuve.mtas.es>>, última actualización 2006
- CROZIER, Michel y FRIEDBERG, Erhard 1990 *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva* (México: Alianza).
- DUBAR, Claude 1991 *La socialisation, construction des identités sociales et professionnelles* (Paris: Armand Collin)
- ELÍAS, Norbert 1992 *Sociología fundamental* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- 1993 (1977) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- FAJN, Gabriel 2003 *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad* (Buenos Aires: IMFC)
- 2002 *Cooperativas de Recuperadores de Residuos. Exclusión social y autoorganización* (Buenos Aires: IMFC) Cuaderno de trabajo N° 2
- FREDERIC, Sabina 2004 “Centralización política y reconocimiento: paradojas de la ‘descentralización’ de la gestión urbana de Buenos Aires”, en *Federalismo y descentralización en grandes ciudades: Buenos Aires en perspectiva comparada* (Buenos Aires: Prometeo).
- GIOSA ZUAZUA, Noemí 1999 “Desempleo y precariedad laboral en la Argentina de los años 90”, en *Época* (Buenos Aires) Año 1, N°1.
- GODIO, Julio 2001 *Sociología del Trabajo y Política* (Buenos Aires: Atuel)
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes 2001 “Los límites de las estrategias de sobrevivencia: viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas”, en *Estudios del Hombre* (Guadalajara) N° 13-14
- GORBÁN, Débora 2005 “Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de José León Suárez”, Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, Alicia 1997 “La pobreza desde adentro o las estrategias de reproducción social”, UNQ, en <<http://www.naya.org.ar/miembros/congresos/indices/indice-pob2htm>>
- HALL, Stuart (1996) – “¿Quién necesita identidad?”, en Hall, Stuart y du Gay, Paul (comp.) *Cuestiones de identidad cultural* (Buenos Aires: Amorrortu)
- KESSLER, Gabriel 1999 *L’expérience de paupérisation de la classe moyenne argentine*, en Cultures&Conflits, sociologie politique de l’international. N°35. <<http://www.conflits.org>>
- 1996 “Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia”, en Beccaria y López (Comp.) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina* (Buenos Aires: Unicef/Losada)

- KOHES, Jessica 2005 “Cuando la ciudadanía apremia. La ley cartonera y la emergencia del cartonero como actor público” en Delamata, Gabriela (comp.) *Ciudadanía y Territorio* (Buenos Aires: Espacio)
- MARTUCCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella 1997 *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo* (Buenos Aires: Losada)
- MERKLEN, Denis 2005 *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina [Argentina 1983-2003]* (Buenos Aires: Editorial Gorla)
- MOUFFE, Chantal 1999 *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical* (Barcelona: Paidós).
- 1993 “Feminismo, ciudadanía y política democrática radical”, en *Debate Feminista*, (México) Año 4, vol. 7
- MURILLO, Susana 2003 “La cuestión social en Buenos Aires. La condición trágica de los sujetos”, en *Sujetos a la incertidumbre. Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual* (Buenos Aires: IMFC)
- MURMIS, Miguel y Feldman, Silvio 2002 “Formas de sociabilidad y lazos sociales” en *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90* (Buenos Aires: Biblio)
- PAIVA, Verónica 2004 “Las cooperativas de recuperadores y la gestión de residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires”, <<http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numespecial2004>>
- ROSE, Niklas 1997 “El gobierno en las democracias liberales ‘avanzadas’: del liberalismo al neoliberalismo”, en *Revista Archipiélago* (Buenos Aires).
- SIMMEL, Georg 1927 “La lucha”, en *Sociología*, vol. 2 (Madrid: Revista de Occidente).
- Suárez, Francisco 2001 “Actores sociales de la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz”, Tesis de Maestría, UNGS.
- SCHAMBER, Pablo y SUÁREZ, Francisco 2002 “Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense”, en *Revista Realidad Económica* (Buenos Aires).
- SVAMPA, Maristella 2005 *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo* (Buenos Aires: Taurus).
- TOKMAN, Víctor 2001 *De la informalidad a la modernidad* (Santiago de Chile: OIT).
- UNICEF 2005 *Informe sobre trabajo infantil en la recuperación y reciclaje de residuos*, (mimeo).
- VUOTTO, Mirta 2002 <http://www.segundoenfoque.com.ar> octubre.
- WACQUANT, Loïc 2001 *Parias Urbano. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, (Buenos Aires: Manantial)
- ZLOTOGWIAZDA, Marcelo “La macroeconomía del cartoneo”, en *Página/12* del 28/09/2004

Notas

* Licenciada en sociología, Universidad de Buenos Aires. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Becaria Clacso-Asdi. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA.

Quisiera agradecer a cada una de las personas que accedieron a contarme sus historias y experiencias de vida, y me brindaron su tiempo, me abrieron las puertas de sus casas y me permitieron acompañar sus recorridos de trabajo. De más está decir que a ellos debo el haber podido realizar este trabajo. Agradezco también las conversaciones con mis ex compañeros del PRU; nadie conoce como ellos las problemáticas referentes a este tema. Ya por fuera del ámbito laboral, los encuentros que seguimos manteniendo me permiten ir enriqueciendo y ampliando la mirada. Y en especial quiero agradecer a Félix cuya colaboración desinteresada en los momentos iniciales del trabajo de campo fue esencial para poder llevarlo a cabo.

¹ Intentos de este tipo ya habían sido impulsado previamente por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, por COSPE (Red Reciclando Valores) y hasta por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en la Mesa de Diálogo. Dar cuenta de los resultados de esos procesos excede los objetivos de este proyecto. En tal caso, basta con mencionar que la mayoría de las cooperativas que han decidido conformar UTRACA habían pasado previamente por todas estas instancias sin encontrar en ellas lo que buscaban.

² Ver nota “Calculan que hay la mitad de cartoneros que hace tres años”, Diario Clarín, 10/04/2005. Según esta nota que se apoya en datos del GCBA la cifra alcanzaría los 10.000 cartoneros.

³ Artículo N° 6 de la Ordenanza N° 33.851

⁴ Entrevista realizada por la Revista Parlamentario al Diputado E. Valdés. 2002

⁵ Una investigación realizada entre mayo de 1998 y 2002 por la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica, dirigida por Agustín Salvia, sostiene que el empleo informal que más creció fue el de los cartoneros. Citado en Busso y Gorbán (2003)

⁶ Ver nota “Cartoneros rumbo a Basura Cero”, Página/12, 18/01/2006. Allí el subsecretario de Medio Ambiente explica que: “el PRU nació en 2002, en medio de la crisis, con una función asistencial. Ahora queremos organizar un proyecto de desarrollo económico”.

⁷ Así denominan algunos cartoneros a los “cirujas” que hace muchos años –o, incluso, generaciones– que viven de esta actividad.

⁸ Contrariamente a lo que muchos creen, el viaje en el Tren Blanco no es gratis para los cartoneros sino que deben pagar su pasaje o un abono quincenal de 10 pesos o mensual de 18 pesos.

⁹ El Sindicato Único de Cartoneros y Afines (SUCARA), primer intento de este tipo, pertenece a la CTA. Francisco mantiene una buena relación con la Central de Trabajadores Argentinos.

¹⁰ “Catadores” es el nombre que reciben los cartoneros o cirujas en Brasil.

¹¹ El nuevo contrato de recolección de basura vigente desde 2005 obliga a las empresas que ganaron la licitación a construir “Centros Verdes” donde deberán descargar los residuos. Estos centros verdes serán co-gestionados entre el Estado y cooperativas de cartoneros. A su vez, en el Bajo Flores se construyó una planta de clasificación de residuos que comienza a funcionar hacia fines de marzo 2006 gestionada por la cooperativa CERBAF.

¹² Nuestro uso sobre el concepto de capital social se diferencia claramente de los usos que de él hicieron los organismos internacionales de crédito. Estos últimos desconocen que el capital, como cualquier otro tipo de capital, tiende a generar y afianzar las asimetrías existentes. Para profundizar en este tema ver Álvarez, Sonia (2000)

¹³ CMV: Comisión Municipal de la Vivienda

¹⁴ Los cartoneros denominan “clientes” a las personas que les clasifican y guardan el material.

¹⁵ Débora Gorbán cita en su tesis de maestría, utilizando datos de un relevamiento realizado por las Universidades de General Sarmiento y Lanús, que aproximadamente el 50% de los cartoneros son ex –trabajadores asalariados industriales o de servicios que adoptaron el cirujeo como alternativa frente a la desocupación. Se citan además cifras del relevamiento del GCBA según el cual el 70% de los cartoneros registrados no lleva más de un año en esta actividad.

¹⁶ Para entender la verdadera dimensión de este tema basta pensar lo poco que ganan con un día completo de trabajo (un promedio de 10 pesos por día) y tener en cuenta que los metales son de los materiales que más se están pagando en el mercado.

¹⁷ Este tema amerita un análisis mucho más profundo del que podemos hacer en el marco de este artículo. Sin embargo, nos interesa dejar aclarado que consideramos que debe ser comprendido en el marco de una mutación social profunda en la cual se estaría produciendo el proceso inverso al analizado por Elias en *El proceso de la civilización*. En este sentido, nos parece de gran utilidad la conceptualización de la *despacificación social* realizada por Wacquant (ver Wacquant, 2001).

¹⁸ Como ejemplo del lugar que ocuparon los cartoneros en la contienda electoral por la gobernación de la Ciudad de Buenos Aires se puede ver la nota del Diario Clarín del 4/8/2003, “Tironeos por el `voto cartonero”.

¹⁹ La Mesa de Diálogo era uno de los pilares del Programa de Recuperadores Urbanos en sus primeros años de implementación. Coordinado por el PRU, se concibió como un ámbito de planificación participativa con los recuperadores urbanos. Hace ya bastante tiempo que dejó de funcionar.

²⁰ OLP: Organización Libre del Pueblo, dirigida por Roberto Perdía

²¹ Hay que mencionar que el hecho de que la cuestión ambiental se haya ubicado como una prioridad en las agendas gubernamentales es un fenómeno que excede ampliamente los márgenes de nuestro país.

²² Estas funciones son, por nombrar sólo algunas: *sociales*: mejoramiento de la Higiene Urbana, fortalecimiento de lazos con distintos actores, etc.; *económicas*: alargamiento de la vida de los rellenos sanitarios, disminución del costo de enterramiento, permite la sustitución de importaciones, etc.; y *ambientales*: ahorro energético, disminución de la emisión de gases en los rellenos, ahorro de recursos naturales, etc. Ver www.buenosaires.gov.ar/areas/med_ambiente/pru.

²³ Nos referimos por ejemplo a la marcha que convocó Utraca como reclamo al BID por haber organizado un Congreso Internacional en nuestro país para pensar la situación de los cartoneros y dejarlos afuera. A partir de ese momento, se comenzó a pensar en la posibilidad de incorporar a los organismos internacionales como tema de debate en las reuniones ya que, se decía, como organización debían tener una posición común con respecto a ellos.